

D O S

—*En el gran Salón de los espejos, como tenía que ser, Catalina: A lo grande. Seguro que hasta terminará en baile.*

—Querida, no sólo bailaremos, danzaremos.

—*¿Danzaremos? Danzarán, dirás. Es imperdonable que todavía no nos llegue la invitación.*

—¿No les llega aún? Richard y tú son insustituibles, bien lo sabes; en buena cuenta, son el motor del partido. Además, sin su respaldo, la candidatura de Joaquín habría sido solamente una ilusión. Las tarjetas ya deben estar en camino. Esta ceremonia, la fiesta, es tan suya como nuestra. Seguro el retraso es responsabilidad de Cubas, él se encargó de contratar a la imprenta, a la empresa de reparto... Tú sabes cómo es Cubitas, tan buena gente y brutito, brutito. Solamente Joaquín es capaz de tenerlo a su lado, le tiene infinita paciencia.

—*Joaquín es un ángel, Catalina. Ah, no, un arcángel, nada con esos querubes mozuelos y regordetes. Él es capaz de sacar la espada del fuste, blandirla contra quien machaca sus valores... los valores, pelear si es preciso; aunque siempre generoso, ¿no es cierto?, Catita. Por eso el partido lo ha invitado.*

—Eso del arcángel, alguna vez te lo comenté, ¿no?

—*Tú me lo dijiste pues, ¿quien más? Aunque, por tu total satisfacción, espero sinceramente que no sea muy angelical bajo las sábanas, sino...*

—Tú y tus comentarios.

—Vamos, Catalina, cuéntame. ¿Qué tal la primera noche en el nuevo nidito?

—Nada romántica, déjame decirte, ni siquiera se dio.

—No me digas que Joaquincito, el próximo próximo de este país, no cumplió con su mujer; no pues, esto es cuestión de Estado.

—Nada de eso, Viviana... Te pasas, eh. Terminamos la mudanza el sábado por la mañana, dejando la casita impecable, recién pintadita, con alfombras nuevas y piso lustroso, acomodando finalmente los muebles que llegaron poco antes del mediodía. Con Joaquín, hartos sonrientes, nos sentamos a la mesa de la cocina a tomar un respiro después del ajetreo total de la semana, contemplando los cipreses de la casa vecina a través de la ventana, sintiendo el aroma a cedro del mobiliario de estreno, cómo decirte, extasiados ante el inicio de nuestra vida en común, compartiendo la simpleza de unas galletas y tacitas de té, pues sabes que a Joaquín el café no le gusta, y nada, todo se quebró: convocados por la fulminante presencia de vida, aparecieron bichos horribles que en los días anteriores ni siquiera se habían asomado. Es una casa vieja y ha estado cerrada por mucho tiempo, me dijo Joaquín cuando me entusiasmé por ella, pero me gustó y aunque reticente, bien sabía yo que su negativa sólo era un antojo por ocultar su genuina emoción; pero aparecieron los que tardaban en aparecer: bichos asquerosos por todos lados. Joaquín no se hizo problemas, terminó de comer, previo beso a quien te habla se levantó y cogió el teléfono. Todavía no es la una, me dijo al pasar junto al reloj de pared. Consultó a informes y en dos horas nos estaban desalojando los fumigadores hasta el día siguiente, por la tarde. Así que recién ayer tuvimos nuestra primera noche juntos, ya no en hoteles ni casas rentadas, en la nuestra.

—Bueno, fueron los preparativos que aumentaron la expectativa. Ideal la decisión de vivir juntos, ¿cierto?

—Sí, y coincide casi con la postulación.

—Postulación, postulación, primero la presentación de Joaquín y antes, mi invitación; así que apúrenme a ese Cubas, cholita. Dentro de dos sábados estará lo más memorable de Lima ahí, y Richard y yo, como tris-

tes hijos de vecino, sin una tarjeta que por lo menos evidencie la consideración del partido que nuestra familia se empeñó en fundar y, encima, con una candidatura que nosotros hemos promovido. No es posible.

—Yo llamo a Cubas mañana a primera hora.

—*Lámalo tú, porque si lo llamo yo, será para... Ah, no me respondiste. ¿Qué tal la primera noche ya en casita?*

—Linda, muy bonita francamente; lo malo es que a Joaquín lo veo un tanto extraño.

—*¿Cómo extraño?*

—Como preocupado, como si tuviera algo pendiente.

—*Si no me equivoco, tu bien amado siempre ha tenido cara de tener algo pendiente por hacer.*

—Sí, pero ahora es más, y no es la convivencia, tampoco la postulación, ambas situaciones se veían venir. No sé.

—*Debería estar feliz, pleno. Aunque bueno, las responsabilidades que tendrá que asumir no son pocas, tal vez eso lo tenga así; pero sabes, creo que al final son ideas tuyas.*

—Seguro. Viviana, ¿ese ruido es en tu teléfono o en el mío?

—*Es en el mío, está entrando una llamada... bah, si es urgente, volverán a intentar. Así que Joaquín puede que esté como preocupado, qué raro de veras. ¿Tendrá miedo?*

—A la convivencia, puede ser. A la candidatura, imposible.

—*Es el hombre, ¿no?*

—Lo sé mejor que cualquiera. Oye, Vivi, mejor atiende esa llamada, sigue interrumpiendo, puede ser urgente.

—*Sí, cholita, mejor. No cuelgues, ok. Te pongo en espera.*

Catalina escuchó el clic del botón presionado al otro lado de la línea y luego de un instante de silencio, la infaltable melodía de espera, melodía de antaño tan usada ahora para dar paso a la espera en entidades privadas y públicas, también en los ascensores. La melodía de *El Golpe*, *The Sting*, como decía Juan Manuel con su terrible pronunciación del inglés... Juan Manuel, ¿cuántos años ya de eso? Yo quería ver *El Exorcista* y él dale con ver *El Golpe*; creo que la vimos como tres veces ese verano en aquel cine del cual ya no queda, como con tantos, ni el rastro. Imborrables esas primeras escenas con Robert Redford embaucándonos a todos con un

pañuelo, papeles, dinero y su sonrisa. Aprendí a querer esa película de tanto verla. Te lo debo Juan Manuel. ¿Qué será de tí? Soñador como todos, ingresaste a Letras en San Marcos con la aspiración de convertirte en escritor. Quizá recuerdes aún el día en que nos conocimos: te la pasabas borroneado párrafos que siempre serían inéditos, mientras yo diseñaba como iluminada el relato memorable que nunca culminaría. Me contaron alguna vez que estabas de profesor en una escuela. ¿Seguirás de maestro?, mi antiguo soñador. Eras un buen tipo y seguro lo sigues siendo, pero Juan Manuel, el mundo permanece extraviado por la inoperancia de los buenos tipos, los tienes a montones en este país de brazos abiertos, deberías saber que eso no basta...

—*Ay Catita, disculpa, es Fiorelita, tiene problemas con el carro. No lo tiene ni dos meses. No sé que es lo que hace con la caja de cambios esa muchacha.*

—¡Fiorelita con carro ya! Cómo crecen, ¿no?...

—¿Quién crece, Catalina?

—Fiorelita, que ya anda en carro propio... Estoy hablando con Viviana.

—¿Joaquín?

—Sí.

—Salúdame.

—*Saludos al candidato.*

—Él también te envía saludos.

—*Oye, Catalina, te voy dejando, ahí tienes compañía. Yo iré a ver qué pasa con esa muchachita.*

—Cuidate mucho, Viviana. Saludos a Richard y a Fiorelita. Ah, y pierde cuidado por tu invitación, seguro llega mañana temprano.

—*Eso espero, si no, ya verá Cubitas... Besos a Joaquín, cuidense también. Nos vemos mañana.*

—Sí, claro, al mediodía.

Catalina escuchó el clic al otro lado de la línea y colgó, segura que a su lado ya estaba Joaquín, observándola como la observaba siempre, arrobado, con los brazos abiertos, aguardando a que ella en sus hombros cuelgue los suyos. Me gustas porque tienes el color de los patios de las casas tranquilas..., le dirá Joaquín, dispuesto

a comenzar el jueguito siempre sabido y por eso esperado, de la muestra de su amor. Catalina ofrecerá una sonrisa cómplice, reclamando en el calor de su mirada la confesión completa, sabiendo lo que viene, anhelándolo; porque Joaquín se saltará afortunados versos de Juan Gonzalo Rose para cumplir con esa sonrisa; pero como siempre, lo hará después, cuando ella no lo espere o finja ya no esperarlo, y sea nuevo motivo para mirarse con ese amor mesurado, que sin proponerlo, se habían impuesto.

—Preparar las notas me ha tomado toda la tarde, caminemos un rato por el parque, ¿quieres?

Una pregunta cortés, propia de amigos que todavía no se acomodan a los entendimientos de pareja, una pregunta que no precisaba ser formulada para tener respuesta. Catalina asiente y atraviesan la reluciente sala que a ella mantiene orgullosa y a Joaquín no para de sorprenderlo en su armonía de colores, en los muebles que con meticulosa dedicación mandaron a preparar, en el friso de delicados arabescos para su cielo, en las paredes que intercalan el terracota y el amarillo colonial, en los dos cuadros que presiden la estancia, en su entrañable Quijote de Picasso. Cierran con cautela de novatos la puerta y, frente al ornamentado pórtico, ven, agraciados, los dos gruesos, vetustos y enanos olivos, que para abril prometen las mejores aceitunas del lugar. Una lástima, como con el café, a Joaquín tampoco le gustan. Catalina las recogería del árbol con deleite, las comería una a una con goce sin necesidad de compartirlas, pues para ese momento ya debía saber que Joaquín nunca les soportó ni siquiera el olor; pero hoy lunes, con tan sólo una noche de haber compartido juntos esa casa, nadie se ha molestado en decirles de aquel árbol el nombre, aunque imborrables en la memoria conservan los de las calles que lo rodean. Varios años atrás, cuando Joaquín estuvo nuevamente de paso por Lima, presuroso desde Dasso se dirigió a pie hacia la avenida Arequipa, y fue preciso que atravesase la calle Pallardelle para quedar enamorado de su tercera cuadra, tercera cuadra que por esas casualidades del destino, ¿serán casualidades?, mostró a Catalina y, gratísima sorpresa, una delicada y pequeña casa que nadie, en esta caótica ciudad, quería comprar.

La calle Pallardelle reserva, de sus escasas cuatro cuadras, su total belleza para las dos últimas; así, partiendo desde la avenida Arequipa, entre canal nueve y la facultad de esa universidad que atrevida tomó el nombre del Inca mestizo, muy pocos podrían entrever que en el próspero San Isidro, de prolíficos y grandes edificios que se venden por departamentos, vías anchas y modernos pasos a desnivel, aún persistiera contra el tiempo un barrio con jardines, árboles que aprendieron desde antaño a ser solitarias muestras del pasado vencido, calles angostas donde los autos avanzan de a uno y los niños pasean despreocupados en bicicleta o juegan con sus perros, tropezando hacia las aceras. Desde el resistente muro ecológico del San Isidro Labrador, ya entrado en la segunda cuadra, se puede divisar, incluso con mayor asombro durante la noche, aquel pedacito de Lima pudiente y refinado, como un anacronismo endilgado por la garúa y la neblina que, confundidas, no pasan al retiro en este frío diciembre; pues durante la noche, solamente el celaje de la luz ámbar logra guiar también el avance nocturno de polillas y libélulas en torno a los viejos faroles, victoriosos sobre la novedad de los robustos postes, luz ámbar que retoca el blanco sillar de la casita de Pallardelle de Joaquín y Catalina, la casita que van dejando atrás, cruzando sin prisa la avenida Los Incas, camino al parque El Olivar.

Joaquín respira plácido el perfume odiado que la estación no le permite identificar. Catalina coge el tronco de un olivo que, como en la noche anterior, reconocerá idéntico al de nuestra casa, amor; y, nuevamente, le embargará la alegría al no creerse que a Joaquín le diga nuestra casa, segura antes que vivir juntos, a pesar de la amistad y el afecto, no se daría. Insondables son los pensamientos de Joaquín, Catalina, bien lo irás aprendiendo.

Joaquín tomará por el talle a Catalina, reconociendo que los años, es cierto cuanto dicen, no pasan por gusto, a ella le han agregado un toque de dignidad y prestancia que no tuvo en su revoltosa juventud de estudiante inconforme. ¡Felizmente los años no pasan por gusto!, porque cuando Joaquín rodea con sus brazos la cintura de su mujer, siente consigo a una dama segura que, sostenida en sus casi cincuenta años, confirma la delicada belleza de

la cual nadie tiempo atrás dudaba. Supo madurar y sabrá envejecer, seguro piensa Joaquín. Oportuno es concluir los versos que generosamente Rose le presta a su amor, ...y más precisamente, le confía con una sonrisa a flor de labios, me gustas porque te amo.

El parque El Olivar se reserva por las noches las cantilenas de las ciegas cuculíes, tan dueñas de las mañanas como de los innumerables árboles que todo cobijan; mas, como un rumor, desde lejos se escuchan los incesantes chorros de agua de la laguna artificial que, con luces multicolores desde el fondo, donará tonalidades al agua traviesa, brotada a partir de la base, nacida para extinguirse como gotitas de cristal. Grillos, búhos y ranas son la fauna invisible que habita por las noches El Olivar; sin embargo, ante esos ecos y algarabías, la pareja preferirá el suave golpeteo del agua sobre el añejo bronce de la fuente central y, frente a ésta, una banca de metal y madera que quisieran para siempre, los esperará para compartir el día y preparar el siguiente.

—Mañana comienzas con La conquista del Perú, ¿no? Sólo a ti se te puede ocurrir alargar las clases de la universidad hasta fiestas.

—Sabes que ni siquiera me corresponde, hasta el final de la civilización inca y punto; pero he notado que los chicos siguen entusiasmados con el curso y, además, a mí se me hacía una urgencia deliciosa tocar ese tema, es el necesario colofón a todo lo dicho a lo largo de los dos semestres.

—Sabes tanto de esa etapa que debiste pedirla como un curso a enseñar.

—Ya lo hemos conversado, mi visión de esa etapa no es totalmente objetiva; en cambio los incas son un trabajo de campo y de gabinete de siglos y siglos...

—Siempre me será graciosa la forma como hablas del tiempo.

—Bueno, cada cual tiene sus ocurrencias. Con los incas me libero de toda subjetividad. Mañana, hasta la próxima semana, no será preciso obligarme mayor rigor que la conjetura; además, gozando de las suficientes licencias para soltar opiniones y visiones particulares sobre esos hechos. Digamos que las cuatro clasecitas que daré son un valor agregado, una gentileza que me permiten

los alumnos después del exhaustivo año lectivo. Mañana, cuando arranque con nuestro muy controvertido Pizarro y sus dos primeros viajes, podré esbozar quién fue y, lo más importante, quién es; a partir de ahí, con las consideraciones acerca de la realidad política, social y hasta bacteriológica del continente entero, preparar el terreno para la toma de Cajamarca.

—¡Tu tema! Tu monotema, casi diría. ¡Qué fijación la tuya!

—Cada uno, Catalina, tiene sus fijaciones: ahí tienes la mía. Mi búsqueda, mi solución y mi respuesta.

—Entonces, a pesar del frío de verano, mañana tempranito hacia San Marcos. —Me temo, antes estaría feliz por eso, pero ahora temo que estoy por cerrar un círculo, mi único e incommensurable círculo, mi amor.

Entonces, está confirmada la candidatura. Muy buen dato, Héctor. Nos quedan por delante unas semanitas para averiguar más sobre él y evitarnos reveses inesperados. Ahora, como estás enrumbado, proseguirás tú mismo las pesquisas: Te vas de viaje, sobrino. Sé cuanto te gusta dejar la Capital, ni parecerá trabajo para ti, pero es muy serio. Este catedrático se ha ganado en el último año su lugarcito en Lima, y desde las provincias... Te cuento una historia, muchacho, el primer relato sobre un tal Joaquín Medina en nuestro Huaraz, hace ya muchos años. Volverás al terruño de la familia mañana mismo. Claro que te permitiré un tiempito para que picaflorees, un tiempo tan sólo, el trabajo, te repito, es duro. Pues bien, quien te habla recuerda siempre con mucho cariño a su profesor de Historia y Literatura del nacional *La Libertad* de Huaraz. Claro, en la avenida Gamarra, entre Gamarra y la alameda Grau; pues bien, lo he recordado siempre porque gracias a él recibí clases imborrables. Yo nunca había oído hablar del cholo Vallejo, pues nos habló de él con una pasión arrolladora, un cariño total al hombre y a la obra; lo mismo ocurrió cuando se detuvo en José María Arguedas: Nació en Andahuaylas, gustó siempre del huayno y fue sufrido desde la niñez como todo este jodido país, nos dijo en una mañana sin recreo, con la certeza de que nunca lo olvidaríamos. Aprendí a soñar con el Cuzco y, empujado por su

Ernesto, marché muy joven tras las piedras de la Ciudad Imperial gracias a leer pocos años después de abandonar el colegio, sus *Ríos profundos*; imagínate todo lo que se explayaría sobre el *Quijote* o el *Tristram Shandy* de Sterne, sobre Stendhal y Dumas, nombres inolvidables. Y qué decirte de las clases de Historia, una franqueza total para enterarnos sobre las verdades que la enseñanza oficial pretendía ocultar, principalmente sobre los incas. Aprendí a querer al incario gracias a que supe de él sus atrocidades y bestialidades, pero cómo no, sus grandezas. No olvidé a ese profesor por su sinceridad intelectual, por la desusada forma de tratar a nuestra provinciana inteligencia con respeto y, fundamentalmente, porque fue una especie de pequeño promotor cultural, empeñado en el sueño de un pueblo unido, de esa manera fuerte, capaz de cuestionar sus tradiciones y valores para reformularlas con lucidez. Inolvidable tipo en un pueblito serrano, sinceramente. Pues bien, sobrino, el nombre del profesorcito, imposible retenerlo por más admiración que en mi adolescencia le tuviera, mas el rostro, de no olvidar, tan distinto a todos nosotros, en tamaño, formas y maneras... Te cuento que a ese profesorcito, de hace tantos años, creí reconocerlo meses atrás cuando contigo y toda la familia mirábamos televisión. El rostro del catedrático de la Escuela de Historia de San Marcos, Joaquín Medina, es el mismo, hace muy poco estoy seguro después de darle tantas vueltas a mis recuerdos, al de ese empeñoso profesor que hace casi medio siglo me hizo conocer el pasado impreso y las Letras peruanas en un rincón inhóspito de este país de desmemoriados. Es imposible. Lo sé, Héctor, imposible ciertamente, pero es él. El nombre Joaquín Medina no me sonaba a nada cuando lo vi en esa entrevista; sin embargo, ahora retumba en mi mente como un rótulo para su figura. Por supuesto puede ser un capricho de la precipitada imaginación que trastoca mis recuerdos; pero sabes, no me interesa que se llame don José de San Martín, Teófilo Cubillas o Pedro de los Palotes, lo importante es la certeza que tengo de saber que es él. Hay que investigar, y para eso sólo puedo contar con una persona de mi entera confianza, libre de infidencias y traiciones. Ahí es donde tú en-

tras, hijo: Comenzarás por indagar quién fue ese maestrillo del colegio *La Libertad*, en el Huaraz de mediados de los cincuenta.

—Bueno chicos, nueve en punto de la mañana, saquen sus hojas para apuntes... Comenzamos.

Joaquín, desatendiendo al inusual grupo de alumnos que a sus espaldas disponían sus cosas, entusiasmado escribió en tinta verde sobre el blanco fondo de la pizarra: La conquista del Perú. Al poco, luego de colocar sus fichas sobre la mesa, de alistar sus notas, percibiendo murmullos e inquietud, recorrió con la mirada nuevamente el aula, confiado en descubrir entre tanto rostro desconocido, las miradas y gestos habituales de cuantos habían seguido su curso durante el año; entre ellos, dio con el joven Zárate, un cautivado por el pasado incapaz de adecuarse al presente, una lástima, pensaría siempre Joaquín, un ratón de biblioteca miope para su mundo; no así la señorita Cisneros, risueña, un tanto cándida, fácil de querer y entusiasta total por lo que fue, lo que es, lo que será y por todo, una satisfecha sin reparos, una chica sin sueños porque no le hacen falta a quien nada entristece, sin golpes de amor posiblemente, sin dichas de amor de seguro. Los intrascendentes de siempre completaban desde el fondo el recinto, aquellos que por timidez, antojada postura o supina nulidad, eran complemento escenográfico de la presencia y el trabajo dedicado de la jovencita La Serna, comprometida con su carrera, pero más aún con sus ideas, inquisidora de lo establecido y desconfiada de la verdad, preguntona por necesidad y reservada por estrategia, amante de causas perdidas y perdedora por comodidad, preferida sin censura a más de compañera cordial del resto. Saquito raído, camisa sobria y corbata reluciente, el caballero del fondo, puntual desde hacía un par de semanas, visitaba nuevamente el salón. Hombre entrado en años, de rostro gentil y mirada entusiasta antes que inteligente, sin preguntas ni dudas, diligente tomaba notas de cuanto explicaba el profesor, quien, abstraído, exponía las condiciones que se sumaron para el inicio de la empresa pizarrista sobre la tierra del Levante y, emocionado, refería los primeros desvelos de los conquistadores.

El caballero del fondo escribió, persuadido: Pizarro emprendió la empresa no por mayor gloria de España, no por llevar la verdadera fe a los gentiles, no por dinero que lo librara de la pobreza que se instalaba en su vida junto a la vejez. El capitán Pizarro arriesgó todo lo que no tenía por poder.

— A lo menos tenía su vida, profesor.

— No estamos en el siglo veinte, La Serna, somos conquistadores e indígenas de la primera hora del mestizaje. La vida de cada uno pertenece tanto a los monarcas como a los dioses.

El caballero del fondo asintió, complacido. Sentarse durante horas en pupitre ajeno a escuchar clase, siempre aprender, era uno de los pequeños placeres que su monótona vida le permitía. Las vacaciones ya lo esperaban; pero no eran tiempos de viaje ni festividades. Su vida, sin darse cuenta, estaba atrapada por la rutina de un trabajo que lo mantenía contento y a la vez, miserable; el oficio que evidenciaba sus conocimientos y su frustración. Impartir clases en el edificio vecino, Literatura Peruana en la Facultad de Letras de San Marcos, desde estudiante le pareció un trabajo adicional al ejercicio de literato; aunque, con el tiempo, se fue convirtiendo en el signo de su falta de empeño y convicción, ya que nunca emprendió la obra soñada, aquella novela que en su mente fue construyendo año tras año, que contó y discutió en cafetines de juventud con los amigos ya idos, que reinventó excesivas veces colmándola de perfecciones que el papel nunca conoció. Un sinnúmero de veces, sentado ante la página en blanco, confió en modelar el inicio y fijar definitivamente en tipos de molde aquella historia que sabía narrar sin titubeos, precisando cada detalle y recorriendo cada encrucijada del discurso como un diligente aedo; sin embargo, siempre acabó vencido ante el apabullante peso de escribir una obra trascendente y memorable, ciego a entrever que la trascendencia y la memoria son albuces de ornamento a la vida que requieren del paso del tiempo que a perpetuidad se negaba. La estúpida responsabilidad de convertirse en un escritor importante, le impedía ser el hombre que todavía atesoraba en sus sueños: Un traficante de fantasías a tinta multicolor, un vendedor de ilusiones.

—¿Creen ustedes en el azar? Guerra civil, caos. Cada sucesión de un nuevo monarca conllevaba luchas intestinas dentro de la casta imperial; pero singular fue una lucha entablada por linajes rivales de focos regionales opuestos, pugnando por imponerse en cada rincón del territorio. Contados meses de excepción histórica en una civilización signada por el orden y la verticalidad, esperó el arribo de Francisco Pizarro, quien llegó a terciar en ese tiempo improbable. Seis meses antes, seis meses después, conjeturen por matar el ocio, cuál sería el panorama político y social de esta región. Jueguen a lo imposible, fantaseen libres del rigor académico que dejamos tras la puerta en estos días, con el Capitán viendo retrasado su desembarco o con vientos favorables que aceleren sus velas. ¿El hombre indicado en el momento indicado? ¿Creen ustedes en el azar?

El arruinado primer viaje de la empresa del Levante, el desaliento, las peripecias, los sucesos, la esperanza renacida, el segundo intento y los iniciales enfrentamientos. La historia íntima de la conquista del Perú, fue desplegándose minuto tras minuto bajo cuatro paredes, siguiendo la navegación de los conquistadores hasta la costa de Tumbes. La arquitectura deslumbrante de la ciudad fortificada llegó a la hueste merced a las palabras miopes de Pedro de Candía, trayendo la visión de un pueblo de desvarío, vital y enigmático, resumieron lo escuchado, anotaron. El periplo por Malabrigo y la desembocadura del río Santa, acrecentaron la prudencia que las fuerzas disminuidas exigían frente a lo desconocido. El regreso a Tierra Firme y la expectativa por un tercer viaje. El viable sueño de gloria. Culminaron.

—Continuamos el jueves, chicos.

El profesor, aunque jovial por momentos, era un tipo formal y de lenguaje austero, parco en sus maneras como en sus arrebatos de cortesía. Las grandes bolsas que se plegaban bajo sus ojos, propias de un anciano, contrastaban con el inmenso cuerpo, siempre erguido y brioso, que ostentaba a pesar de los años denunciados por su cuello y sus manos. Un hombre sin edad, pensó el caballero del fondo, mientras se alisaba el saco y acomodaba su corbata, ya de pie, aguardando el final de los interrogatorios que mantenía

la variopinta juventud alrededor del maestro, revelando las dudas que, los más por tímidos y otros, por cargosos, se guardaban para el final de la sesión.

— Profesor... quería robarle unos minutos.

— Dígame, lo escucho.

— No, no. Quería llevarlo a tomar un jugo, comer un sanguichito; algo así, por conversar. Tengo algunas dudas y preguntas atrasadas.

— Vaya, hombre, usted no es sólo de aquellos que esperan al final de la clase para despejar sus incertidumbres, sino de los que secuestran al maestro...

— No, claro que no. De verdad lo hago por conversar, el tema da para tanto.

— Es cierto... ¿Cuál es su nombre?

— Juan Manuel

— Lamentablemente, mi estimado Juan Manuel, hoy estoy con el tiempo justo; pero todavía tenemos tres clases por delante. ¿Qué tal el jueves al terminar?

— Perfecto, profesor.

— Llámame Joaquín, hombre. Ya no estamos muchachones para andarnos con esas atenciones.

— De acuerdo, profesor.

Héctor Calderón descendió de la camioneta a desperezarse en plena vía e inflar sus pulmones con una gran bocanada de aire frío. Sonrió gozoso a pesar del persistente dolor que sentía en las fosas nasales y la garganta. Demasiada pureza, debió pensar. Manejar durante la madrugada, con la sola compañía de música a un volumen infernal, nunca fue un esfuerzo sino un placer. La carretera desolada en la penumbra; la cerrada oscuridad, taladrada por los dos conos de luz de su rugiente animal escarlata; las estrellas mostrándose sin recelos, cómplices del viajero con el transcurrir de las horas luego de persistir ocultas al partir de Lima; el viento fresco y la velocidad burlada a los controles de papelería, le producían dicha y potenciaban su efervescente energía de veinticinco años. Lo esperaba el Hotel de Turistas de Huaraz, un tres estre-

llas en las afueras de la ciudad, con una habitación reservada por su tío desde Lima; pero él estaba a varias cuadras de ahí, en la margen contraria del río Quillcay, frente a una hostería sin nombre que le ofrecía por una friolera, una cama limpia, agua caliente y techo a dos aguas. Qué más se necesita, se dijo Héctor, avanzando por la acera entre ambulantes, mercachifles y transeúntes.

El taxi partió desde la avenida Universitaria, lento, convencido de que se estancaría en el cruce con La Marina antes de virar a la izquierda rumbo a la Javier Prado. Alguna vez Joaquín tuvo un auto, viejo y macizo. Un Peugeot modelo 58 color pardo, manejado sin licencia y saludando a cada policía eventual, amigos todos, por calles provincianas sin semáforos ni tráfico; pero Lima es otra cosa.

La tres veces coronada ciudad de los reyes, la ciudad jardín, la hija atolondrada de Pizarro y Palma, a finales de los años cuarenta y en manos de un gran poeta aclimatado al francés, pasó a ser una fecha incierta y un calificativo: *Lima la horrible*. Joaquín hace poco aprendió que Lima y en suma, el Perú, era una gran pollada: Excesos, despreocupación, desorden, olores fuertes, música que aturde, licor, familiaridad, reciprocidad, abrazos y besos sudados, cariño fraterno y amistad, colaboración y apoyo, cocina hartamente condimentada, picante y baile.

Miró a través de la ventanilla del auto y encontró, como siempre, el cielo gris. Pensó en Zavalita mirando *la avenida Tacna, sin amor: automóviles desiguales y descoloridos, esqueletos de avisos luminosos flotando en la neblina, el mediodía gris*. La pregunta.

El semáforo estaba en verde; pero el pequeño Tico de amarillo chillón no avanzaba. El grupo Euforia arrojaba su música por los parlantes del auto. *Mueve la cabeza, la cintura, la cabeza la cintura... Mueve la cabeza, la cintura, la cabeza la cintura... ¡Euforia!* Joaquín sonríe. Pide que le bajen el volumen. ¡Qué! Por favor, podría bajar el volumen. ¡Qué! Si pudiese bajar el volumen, sería muy gentil. Sí, claro, señor. El claxon, los cláxones. No hay pase. El semáforo en rojo. Para lo que importa.

Es mediodía, es diciembre cercano a fiestas, es colorido abundante y chocante bajo el manto gris, es ocasión de completar los matices con la tarde azur y bermellón.

Miró por la ventanilla a la gente que salía de los locales comerciales. Grandes tiendas por departamentos que facilitan bolsas enormes para los regalos que ofertan ya envueltos. Pinos de plástico y papanoeles a pilas enfundados en gruesos trajes rojiblancos, llenan los escaparates y colman la vista de los compradores sin dinero. ¿Por qué la Navidad será tan cojuda?, piensa Joaquín al ver la nieve de algodón que decora las vitrinas.

El semáforo en verde. No hay pase.

El hostelero saludó su ingreso con atención servil. Recogió su maleta y le enseñó su habitación. Trámite rápido. Héctor abandonó la hostería y partió en su camioneta rumbo al Hotel de Turistas; un par de explicaciones ociosas le bastaron para cancelar la reservación. Que mi tío me ubique en el celular, indicó. Salió del recinto y apagó su aparato. Hasta mañana, le dijo.

El taxi viró por la Marina. Aprieta el acelerador, no acelera. Cuesta dejar atrás una perla, entre tantas, de la grotesca arquitectura que invade la ciudad en nombre de la cacareada modernidad. Una Torre Eiffel a la puerta de un casino; una Estatua de la Libertad, minúscula, a la puerta de otro; una pirámide con esfinge en el siguiente; todo, atiborrado en menos de cinco cuadras, entre locales de pollo a la brasa que ofrecen caldos de gallina, arroz chaufa y pizza americana, con cartelitos multicolores que anuncian sus precios y sus ventajas. El verde, el rojo y el amarillo reinan en la ciudad sobre el gris, el plomo y las sombras, mientras las luces de neón esperan la noche para escupir sus destellos de ridiculez. Carritos sangucheros, púrpura eléctrico, mayonesa líquida y olor de aceite quemado, pueblan las aceras ofreciendo hamburguesas por quítame estas pajas, escoltando a su vez a las tiendas de artesanías de nombres aparatosos: Así es mi Perú, se rotula una con letras que simulan ser piedras sobre un inmenso cartel decorado con motivos incas, la vedette: Machu Picchu; al frente,

sonriente, la esfinge que nunca pudo sonreír. Pocas cuadras para meter tanta nación. La acera terrosa, la pista sombría, la neblina estúpida, necia a retirarse en el verano ya anunciado, que se acerca lánguido, aletargado como nuestro fútbol, toque y toque balón, sin profundidad, como nuestra vida.

El taxi atraviesa calles despejadas. Lima, fuera de los focos comerciales, está despoblada. Es Navidad. La gente está mirando tiendas. Mirando no es un decir. Avanza sin obstáculos hasta Javier Prado. Más semáforos. En San Isidro, ¡cómo no!, se respetan.

— ¿Qué tal las fiestas?

Joaquín no advierte que el taxista le habla. Mira a través de la ventanilla los edificios color pastel, la falta de basura, el intento de orden. Lima es tan pequeña y tan grande.

El taxi enfila hacia la avenida Arequipa, rumbo a Pallardelle. Bordeando el paso a desnivel, da vuelta frente al cine Orrantia. Una película sin amor. Ya en la Arequipa, estrecha y atestada, las *coaster* pelean cada pasajero a lo largo de la ruta. Todo Larco, Balta, Chorrillos, gritan los cobradores colgados de manubrios y puertas, trapecistas del asfalto. Sube, sube, pe'cuñao. ¿Adónde vas?, madrecita. Dale, dale, tío. ¡No pasa nada! Joaquín se aleja de la ventanilla, demasiada realidad para un día.

— ¿Qué tal las fiestas? —interroga de nuevo el taxista, percatándose de que ahora sí tendrá toda la atención de su cliente. Pregunta por parecer simpático, dicharachero, por aflojar la lengua, sin interés en la respuesta.

— Bien, sin novedades.

— En el negocio, taxeeando, no tanto. Fijese usted, con este tráfico y las bestias que se cruzan por la derecha y por la izquierda entre griteríos, que paran a mitad de la pista y se meten como ganado hasta la vereda, como cuñas te cierran en diagonal, no se puede; el hígado se le revuelve a uno, qué decir del petróleo. Si por lo menos hubiera taxímetros, otro sería el cantar. Yo vivo de la caña más de ocho años. Nunca volví a conseguir un trabajo estable desde que cerró la planta donde trabajaba. Yo soy contador. ¿No me cree? Mire, aquí está mi cartón, y, por si acaso, mi currículó permanece a la espera en la guantera. Lo que nos hace este país,

carajo. Tengo que volantearme; quien sabe chapo alguito, ¿no? Por eso, toda familia tiene al menos un peruanito afuera.

Joaquín asiente sin convicción. Este país, se repite. Un uso tan extendido e impersonal, sacando cintura, todo el cuerpo. Yo no soy el problema, casi afirmando... Este país. El problema son los otros, aquellos. No hay compromiso, como quien se aleja de la ventanilla para no mirar.

Voltean por canal nueve. Están en Pallardelle. Por unos minutos, la Lima apretada y revuelta quedará atrás. Catalina, sin deliberación, aguarda su llegada en el jardín, junto a su olivo. Lo ve aproximarse; sonríe, irreparablemente feliz. Joaquín paga. Ocho luquitas, le recuerda el taxista-economista. Paga con diez y regala el cambio. Gracias, maestro.

A Joaquín se le cambia el rostro y el ánimo. Le da un sonoro beso en los labios a su esposa, tomándola por el talle, ciñéndola a su cuerpo. Un abrazo, de los que enmiendan un día, que lo pagan.

En la casa, el decorado ha cambiado. Es Navidad. Joaquín se ríe para sus adentros. Todos estamos cojudos, se dice.

—Estate listo, Joaquín. Nos vamos en unos minutos. Yo ya terminé de arreglarme, así que apresúrate.

—Se me estaba olvidando. Si no lo mencionas...

—¿Cómo? Si nos esperan Richard y Viviana para almorzar. Ah, de veras, ya se ha conseguido un chofer de confianza. Hoy lo envían. Me lo confirmó hace un rato Josefina a secas.

Un chofer. A Joaquín se lo comentó Viviana la semana anterior, en medio de uno de sus frecuentes almuerzos. Comida criolla. Un cubito de lenguado de irrefutable color blanco entraba en su boca. Paladeaba la portentosa delicia del pescado cocido en sumo de limón, cuando se le develaron las preocupaciones del partido. Tremenda huachafada, recuerda que exclamó, mientras sentía la placentera irritación del ají escociéndole los labios. Un hombre sencillo, que descarta los lujos por triviales y fatuos, que la labora con ahínco para mantener una bella casa, adquirir ternos de buen corte y viajar en taxi; permitiéndole comodidades a su vida y no suntuosidades; ya que una bella casa no puede ser aparatosa cuando es francamente pequeña; taxis, porque en esta ciudad,

hasta viajar en uno, mientras se pueda, no sólo puede ser una necesidad sino, hasta una intrepidez; y un buen terno, porque tiene una mujer de hermoso cuerpo y lindo rostro, esbelta y de porte soberbio, a quien todo le sienta bien, mientras a él, lo que natura no le dio, tal vez las prendas le presten. ¿Pero un chofer? Por seguridad, le increpó Richard, cortando un tamalito verde, chiclayano como el tondero descalzo que animaba y envolvía el salón. Joaquín se negó. Un tipo sencillo como yo, se repitió durante la semana. Sin embargo, no era la primera vez que la pareja lo sorprendía con excentricidades. Con emoción y desconcierto, mantenía intacto el recuerdo de la invitación a postular a la Presidencia de la República. Había regresado de pasar las fiestas patrias en una playa del sur y agosto lo encontró plenamente dedicado a preparar las clases para el segundo ciclo del año universitario. Revisaba documentos, anotaba en fichas otra vez, hasta que lo distrajo una llamada insistente. No nos contaste que te escaparías con Catalina a Paracas, le reprochó Viviana con alegría de cómplice. Le recordó las bondades de ella como si hicieran falta, refiriendo su empeño laboral, su don de gente. Pero el motivo central de la comunicación era otro, Joaquín. Debías reunirte con su esposo Richard Benavente y el viejo patriarca don Tiziano Roggero, en la casa de campo, en las afueras de Lima.

Al día siguiente estabas en el salón principal de la legendaria casa de Chaclacayo. Las fotos del anfitrión con presidentes extranjeros al lado de los retratos con sus nietos, te recordaron las virtudes de un hombre que nunca encontró su sitio en la política nacional a pesar de sus esfuerzos. Nuestro país nunca se lo ha merecido, te confió Richard con leal afecto, ante la aparición de don Tiziano Roggero en el pasillo, vestido de punta en blanco y con sombrero de ala corta, convertido en pintura antigua. Buscamos un rostro nuevo que refresque al partido; sobre todo, alguien decente que confíe en el futuro, te dijeron. Tú dudabas. No pueden encargarle tan alta responsabilidad a un anónimo merodeador de libros, expusiste con falsa modestia, con cautela legítima, consciente de que eres mucho más que eso. Pero ahí estaba Richard defendiendo tu conocimiento de las provincias, incluso, de los caseríos

apartados, según tus propias enumeraciones de riachuelos o personalidades regionales; resultando que, un maestro de verdad, que ha trabajado con niños en la montaña, adolescentes en la puna y jóvenes universitarios, es la solución para un país emergente: Apostamos por un acto de fe. Tú objetaste su entusiasmo, indicando que eso era ridículo, que para político se necesita estrategia y apetito. Pero ahí estaba otra vez Richard explicando que eso correría por su cuenta. ¿Estabas acorralado por su fervor? No es posible, Joaquín, tu vida ha sido siempre la del fugitivo y no la del reflector. Una cosa es la amistad y otra, los sueños, precisaste. Pero ahora fue don Tiziano Roggero quien intervino. No es cuestión de afinidad o cariño, sencillamente te necesitamos, pues no hay entre nosotros persona más íntegra que tú. Eres un regalo disfrazado de oportunidad. Te sentías halagado por las palabras del hombre digno. ¿Están seguros?, preguntaste con toda ingenuidad, intuyendo la respuesta precisa: Llegarás a Presidente, mi entrañable Joaquín; tal vez a ti sí te merezcan.

Tocaron el timbre. Un hombre de impecable traje negro aguardaba en el umbral. Un tanto serio, más aún, nervioso.

—Nos vamos —dijo Catalina.

Les fue abierta la puerta del Mercedes negro. ¿Por qué siempre ese color? Subió Catalina y le siguió Joaquín, acomodándose en el asiento con desgano y fastidio. No era que sus decisiones no se aceptaran, sabía que le explicarían todos alrededor de la mesa dentro de un rato, sino que él descuidaba el nivel de seguridad tan imprescindible ahora, en su nueva posición. No es por pompa sino por precaución. Eres un candidato presidencial, le recordarán. Nadie tiene algo en contra de que tomes un Tico o una combi, si tú quieres, el inconveniente radica en lo que pueda conllevar esa ligereza, lo convencerían, se convencía. Pero él, sin ser un valiente ni un temerario, después de haber lidiado con tantos sucesos y desventuras, confiaba empecinadamente en su cautela y su capacidad de observación. ¿No era acaso un viajero prófugo antes que un ratón de archivo? Le hubiera gustado contarles de las veces en que salvó el pellejo en estas tierras, hablarles con sinceridad, revelarles una a una sus dudas, confiarles al fin lo imposible de sus

ilusiones. Relatos de otro tiempo, alucinaciones de historiadores y biógrafos. Cosas de locos.

— ¿Así que Pedro?

Asintió el chofer, más entrado en confianza ante la pregunta de Joaquín.

— Sí, señor... Eh, me dijeron que a usted, disculpe la franqueza, no le agrada la idea de tener un chofer. Le aseguro que ni me va a sentir. Soy su transporte, señor, a su servicio, para lo que guste.

— No, Pedro, pierda cuidado, ése no es el problema.

Es la autosuficiencia, mi querido profesor, le susurró Catalina, besándole el lóbulo de la oreja, siempre dispuesta a esclarecer las razones empantanadas de sus entusiasmos y sus aprensiones.

El auto se deslizó por las calles de San Isidro y Miraflores con rapidez, eludiendo con eficacia los caprichos del tráfico de mediodía. Recorrieron las calles, tranquilos, despreocupados, conversando nimiedades; olvidados los ruidos que se enfrentaban en el exterior; olvidados los policías apáticos y los carteristas que merodeaban alrededor de los transeúntes; olvidadas las bujías que estallaban los vidrios a cada semáforo, esparciendo esquirlas sobre los rostros de los viajeros que tenían la osadía de refugiarse de los ladrones tras sus lunas subidas. En esta Navidad, gris y chillona, no blanca Navidad, sintieron seguridad.

Al poco entrar en el restaurante, Richard y Viviana les dieron alcance. Todos puntuales. Besos y un fuerte apretón de manos sellaron el saludo y el gusto genuino de reencontrarse. Los esperaba la mesa de siempre, en medio de la terraza, junto a la ventana con vista al mar.

— Una ronda de pisco sour —indicó Richard al mozo, quien no tardaba en hacer circular las cartas sobre la mesa de los comensales.

El mar de Miraflores, a pesar del frío diciembre, ya recibía a numerosos bañistas y a tenaces muchachos con sus tablas bajo el brazo, calentando el cuerpo sobre la gruesa arena antes de adentrarse en sus aguas. Al pie del acantilado, la negra carretera, peligrosa desde siempre como una serpiente, exhibía autos imponentes junto a furgonetas y camiones de poca monta, que iban y

venían a pocos metros de la playa, dejando atrás a grupos aeróbicos, basurales y admirables restaurantes.

— Como lo esperábamos, Joaquín. Once candidaturas inscritas y, en total, dieciséis tentativas; entre ellas, tres francamente importantes —comentó Richard, mientras degustaba un portentoso seco de cabrito con frejoles.

— Obviamente, no formamos parte de esa terna.

— Claro que no. Estamos dentro del rubro Otros.

— Es decir, de los inexistentes... Bien visto eso puede ser una ventaja.

— Con aires optimistas, por supuesto. Es lo que vengo explicándole a Viviana.

— ¿Tú también lo crees así?, Joaquín —interrogó Viviana.

— Sí. Estamos al final, entonces aún no somos competencia para aquellos tres que se matarán entre sí por el liderazgo y cometerán todos los yerros, públicos por su propia envergadura, que acarreen su necesidad por consolidarse arriba. En cambio nosotros, pigmeos, solitarios podemos darnos el lujo de errar, corregir y repensar con tranquilidad la ruta a fin de consolidar un ascenso importante.

— Claro; pero puede que eso nunca resulte. Las últimas elecciones han enseñado a todos los candidatos que ningún rival es pequeño ni despreciable. Hay formas de mantener a un presidente abajo, desde la publicidad, tan falsa como efectiva, que lo desprestigie, hasta la anulación completa de su participación en los medios para hacer de él un fantasma electoral.

— Nuestra realidad es nuestra apuesta, Vivi. No hay más. En todo caso, siempre contamos con la soberbia, sempiterna compañera del grande.

— La grandeza es la cara limpia de la soberbia, Joaquín; pero si ni una ni otra te entusiasman, ¿qué te anima a querer ser Presidente?

— Trabajar por el país, hacer lo mayor que se pueda por él.

— Joaquín, no lo está preguntando la periodista Sanz, hoy el oficio quedó fuera, te lo pregunta tu amiga Viviana.

— Y claro, le estoy respondiendo a las dos.

Richard resopló con desánimo, negó con la cabeza y explicó:

— Esa respuesta está bien para tu Catalina, quien no duda que es cierto y sabe que es tu único y muy central interés; pero no sirve como discurso de plaza. La masa ha escuchado por décadas esa frase y la aborrece por artificial y traidora. Aquello es políticamente incorrecto, mi buen amigo.

— Pues hasta ahí llega mi preocupación, Richard, el resto es labor del partido.

— Hoy por hoy tú representas al partido. No me vengas con esto.

— No. El partido es don Tiziano Roggero.

— ¿Qué tanto crees en la postulación?, Joaquín —preguntó Viviana con los ojos puestos en Catalina, arrojando con descuido una piedra por lanzar un balón.

— Todo lo que el partido es capaz de hacerme creer.

— Vamos, déjate de rodeos, ¿cuánto? Esto no es cuestión de choferes ni de presentaciones —intervino Richard.

— La verdad, no mucho.

— Tu respuesta es inadmisibile.

— Es sincera, Richard...

Joaquín quería explicarla, enumerar sus motivos; pero se contuvo. Observó muy bien, en detalle a cada uno, en especial a su amigo, quien aguardaba de él la razón valedera para tan desconcertante exhibición de franqueza. Sin embargo, batió nuevamente la mirada en corro, sorbió con deleite una cucharada de su rojo y humeante sudado de mero, y continuó:

— Tenemos tres potenciales ganadores con galardones de pergamino, pero intenciones enteramente desconocidas. Yo tengo intenciones cristalinas...

— Y cualidades intachables, mi amor, eres un educador no sólo honesto, sino además valioso, inteligente y respetado.

— ¿Eso me basta?, mi estimado Richard.

— Solamente para mil votos. Desde ahí hasta la Presidencia, necesitamos mucho más.

— Claro, un buen maestro, con currículo de peregrino antes que académico. Respetado, sí, pero en pequeños círculos. ¿Por qué

tiento la Presidencia? Por una cuestión de auditorio. En un aula entrego lo mejor de mí, a fin de facilitarle a mi grupo variadas posibilidades de elección frente a circunstancias particulares. No pretendo hacerlos mejores, qué sé yo de eso, ansío darles la oportunidad de elegir su propio camino con lo aprendido. La libertad siempre está en el futuro, no en el presente ni en el pasado. Ser Presidente es tan sólo ampliar el grupo y variar la condición.

— No, eso no es ser Presidente, Joaquín.

— Por supuesto que sí. No es dirigir la justicia del país, tampoco sus medios ni sus leyes. Es ser el primero en acatar un mandato popular y ejecutar con diligencia todo lo valioso que un buen equipo va a proponer. Es elegir y decidir con libertad y cautela, con generosidad e inteligencia, frente a un abanico. Es ser el alumno del maestro. Puedo ser mi alumno, lo digo con certeza, por eso puedo ser Presidente.

— Las respuestas de nuestro profesor van mejorando, Catita —apuntó Viviana.

Joaquín, luego de sorber otra cucharada de su plato, estiró el brazo para embestir sobre el infaltable cebiche que presidía el centro de la mesa. El lenguado es una gran tramoya, encubre al neófito su exquisitez en su fealdad y maquilla su voracidad de predador entre la oscuridad del fondo marino, convirtiéndose en arena inmóvil a la espera del descuidado alimento que nade cerca de él. No es lo que aparenta, como las personas no siempre son lo que dicen, el lenguado por carestía y el hombre por comodidad, aunque tal vez, resistiéndose a olvidar que es también animal y la única bestia sancionada en el mítico tiempo de la creación, por necesidad.

— Incluso así, Joaquín, tu perspectiva debe ampliarse. No llegamos a ningún lado con ese discurso. ¿Sabes que te falta? La ambición por el poder.

— Me estás refiriendo un defecto o una virtud, Richard.

— Sería una virtud, si teniéndola no la manifestaras. Pero es un defecto, porque ni siquiera la conservas en tu fuero interno. No hay deseos de poder.

— El poder corrompe.

— Déjate de frases hechas, hombre. Corrompe a los débiles de espíritu, a quienes no son capaces de reconocer todo lo que se puede lograr para un pueblo, una comunidad, para un país, si se aprovecha con prudencia y se utiliza con honestidad, pensando en el otro.

— ¿Cuántos años tienes?, mi amigo. ¿Cuántas batallas?

— Deja al historiador, Joaquín. Dame al Presidente.

Joaquín sonrió, cogió la mano de su esposa y la acarició con delectación. Sabía que era el momento preciso para una frase lapidaria; sin embargo, se sabía un hombre inteligente pero no brillante y, aunque deseaba soltar alguna, punzado por el reto cortés, no la encontraba. La buscó entre sus desmesurados años y halló tan sólo frases de persona diligente y buena, de empecinada hormiga que trabaja tras un ideal, de generador de propuestas y no de expositor de promesas. Se reconocía un hombre de verdad: más acción que verbo.

— Mi estimado Richard, al Presidente tienen que dármeles ustedes, el partido que me invitó; yo les estoy dando, con cualidades y defectos, al profesor.

— No te falta razón, Joaquín, aunque tampoco te sobra. Al conocerte, nos sedujo tu convicción por este país, tus sueños, los desatinados y los viables. Nos toca ahora seducir a un público más amplio. Entregarles al maestro y que encuentren así al Presidente.

— Entonces, ¿no es gratuita la elección del *Salón de los espejos* para la primera reunión? Vamos tras reflejos —preguntó Viviana, jocosa.

— Eso pregúntaselo a Josefina a secas. ¡Quién puede intuir lo que piensa!

— ¿Ella se encargó del lugar, cierto?

— Entre otras cosas, porque a esa jovencita es más difícil sacarla de donde no la han llamado que endulzarla con labores saludables en oficina.

Al cerrar la una de la tarde, la playa comenzaba a mostrarse desolada. Desde la terraza del restaurante se distinguía a los pocos bañistas que todavía quedaban, alejarse de las aguas, unos cruzando la carretera, otros subiendo a sus autos, todos replegándo-

se ante la presencia de nubes negras que llegaban desde el este. La inminencia de la garúa, ridícula como precipitación, ahogaba los mejores deseos de disfrutar del mar. En el restaurante, acodados a las cornisas y desperdigados sobre las poltronas del salón, las dos parejas mataron el tiempo con varios cócteles, llevando la conversación hasta la Navidad y el clima, al tráfico y las fiestas, los juegos de artificio y la pobreza. Se dieron abrazos y algún beso, despidiéndose tan genuinamente apenados como genuinamente gustosos se saludaron, y regresaron a sus ocupaciones o a sus casas, a sus agendas o a sus rutinas.

Joaquín tenía una cita para la cinco de la tarde en una radio sin audiencia; pero con mil disculpas y la garantía de presentarse en unos días, la canceló. Catalina lo esperaba en la habitación. Joaquín entró en el cuarto buscando a la mujer, no sólo a la compañera, a la pareja. Le besó el cuello, rozando con sus labios la piel, punzando con sus dientes lentamente, dando paso a mordiscos, ora dóciles, ora arduos. Ella reconoció la grata sensación en su cuerpo y se dejó tocar sin recelos. Cayeron en la cama y fueron desordenando las sábanas como exige el rigor del himeneo. Catalina soltó las tiras de la bata que la cubría por entero y se mostró desnuda. Casi cincuenta años y se veía sublime. Idiotas anuncios que endiosan la juventud, debió pensar Joaquín, dejándole a ella la faena de retirarle las prendas que ya le escocían el cuerpo. Desnudo, le cogió el rostro, los hombros, los brazos; abrazó sus pechos y su cintura antes de acercarse, cauto, al contorno húmedo entre sus piernas y, dispuesto a entrar en ella, deseoso, totalmente deseoso, decayó, desistió, retrocedió. No puedo.

Josefina a secas, desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche, se la pasó jugueteando entre el comedor—salita y su habitación, minúscula como su departamento, con una copa de whisky en la mano y escuchando música con frenesí. Pasó del *Bosa Nova*, de Gal Costa, Caetano Veloso y la indestructible sensualidad del portugués, a boleros de letras insostenibles y ritmos de otros tiempos. Solamente una vez, se entrega el alma, cantó una y cinco veces, antes de estremecer el edificio con el portento musical

de *Pat Metheny Group*, y cinco veces cinco renovó su admiración a su disco fundamental: *The heat of the day*, batiendo las palmas con la única malabarista incólume de esa noche sin circos, la sola copa de whisky que aguardó intacta y al final, malograda, que apagase el equipo y librase su mente de las dudas que se intentó extirpar entre el bullicio. Se dirigió a la mesa de noche, más ebria que una mañana de borrachera digna del monumento que era su osamenta, y cogió el teléfono. Desde la casa de Joaquín, nada. Desde la casa de Richard, nada. Puta, los amigos ni siquiera están cuando te necesitan. Cogió el auto y manejó sin rumbo hasta la madrugada de la ciudad y del tiempo, repensando, entre el rugir del motor y la garúa insípida que la vigilaba, aquella confesión soterrada que los ojos de su amigo no pudieron ocultar. A Joaquín le pasa todo, estoy segura, sentenció.

— *Carajo, ¿dónde mierda te habías metido? Por gusto reservo una habitación. Por gusto tienes un celular. Claro, lo apagas y se acabó. No pues. No has viajado a divertirme, hay trabajo. ¿No me entendiste? Nos estamos peleando una candidatura a la Presidencia del Perú; ¿te parece poca cosa, acaso? Las chicas, los amigos, los tragos, pueden esperar. Ya no eres un mocoso, déjate de vainas. Pude enviar a cualquiera de los servidores estos que pululan en el partido a mi alrededor como moscas, añorando que les pida un favor; pero te envié a ti porque se supone no me fallarías... No me decepciones, Héctor, no lo hagas.*

— Tío, no tiene que amargarse, ya estuve investigando.

— Hoy.

— Ya pues.

— *¿Qué mierda te entretuvo ayer?*

Héctor recorrió con su memoria el día anterior. Un día bueno, grato y desmesurado; lo estimó valioso y se exigió no compartirlo.

— Ya es pasado, vamos a lo nuestro.

— *Ah, carajo, respondón.*

— Ya pues, párala.

— *Cuéntame, te escucho.*

— Tenemos problemas.

— *Sí que eres brillante, muchacho. Qué novedad.*

— No, no me refiero a eso. El local del colegio donde estudias- te, donde supuestamente enseñó este señor, cerró en el cincuenta y ocho. El colegio *La Libertad* se mudó durante unos años a la Centenario. Te tengo casi preparado un texto. Lo envió en unos minutos por fax, detallo allí todo. ¿Te parece mejor?

— *Sí, es mejor. Pero no apagues esa cojudez. No quiero amargarme la mañana por entero. ¿Está claro?*

— Clarísimo, tío.

— *Espero tu comunicación, entonces.*

Héctor cerró la tapa de su celular. Bufó con bronca mientras encendía la camioneta, camino a la avenida Luzuriaga. Entró a un local que ofrecía Internet, sacó su disco y agregó en una máquina el párrafo inicial de su carta y modificó el saludo. Fin. Imprimió una página y la envió.

Qué tal tío

Disculpa por la irresponsabilidad. Tú sabes, regresar a la tierra donde se jugó de chico, donde se siente uno como en casa, pues, en fin. Tú sabes.

El Colegio Nacional La Libertad ya no tiene su frontis entre la Gamarra y la alameda Grau desde la catástrofe del '70. Ya me parecía extraño cuando lo mencionaste así en Lima. El colegio sigue en el barrio de San Francisco, pero su entrada da a la cuadra cinco de la avenida Gamarra, solamente. Hasta ahí, nada nuevo. Pero como tú debes saber, la historia del plantel está plagada de reaperturas. Antes de 1950 ya había sido cerrado tres veces, desde comienzos del siglo XIX, en que lo fundaron. En 1957, ¿creo que tres años después que egresaste?, fue elevado al grado de Gran Unidad Escolar por Resolución Ministerial 10258 del 10 de julio. Pero en el '58 tuvo que mudarse al lugar que hoy ocupa el Colegio Gran Mariscal Toribio de Luzuriaga, en la avenida Centenario, hasta 1964, Ley 15160 del 9 de octubre, y es por esos meses que se alista el retorno a su tradicional local, hasta nuestros días. Dos problemas, tío: 1958 y 1970. Los documentos de cualquier ex alumno que hubiera estudiado entre esas fechas ya son bastante complicados de ubicar, tanto, que muchos están perdidos; más difícil aún, de algún ex alumno que precede

a ambas fechas, como tú; imagínate ubicar referencias sobre empleados de la década del cincuenta. Los documentos son al parecer inexistentes.

Se dice que con plata baila el mono, pero aquí, ni con monos ni música se cuenta. Déjame unas horas para seguir indagando en los archivos de ambos colegios, a ver qué podemos encontrar. Supongo que debo evitar contactarme con algunos otros ex alumnos o profesores antiguos. Guardar reserva es la norma a menos que me indiques lo contrario. Espero tu llamada.

Saludos a la familia. Un abrazo...

Héctor

El teléfono sonó al momento que abandonaba el local. *Tienes toda la potestad de decidir lo que sea más conveniente. Me interesa la información y me inquieta la falta de cautela. Tú decides, hijo. Buena suerte.*

Héctor Calderón, sobrino de Santiago Calderón, próximo Presidente de la República, subió a su camioneta escarlata, satisfecho. Tomó por la avenida Sucre dejando atrás la Luzuriaga; pero tal como el día anterior, la nostalgia le cerró el paso al bordear la desconcertante plaza mayor de la ciudad de Huaraz. Evocó la pileta central y los valiosos escombros de la Catedral que visitó incontables veranos en su niñez. Posó su mirada sobre los resistentes arcos de las calles circundantes e intuyó que, si sintieran, abatidos sufrirían ante el mamarracho extravagante y grotesco que era aquella plaza provinciana, convertida en remedo idiota de ciudades sin historia ni tradición. Miró el piso blanco, las salidas de agua y los chorritos cristalinos que expulsaban las diez cabezas clavadas de fisonomía inédita a través de sus rocosos labios, presentando desde el primer nivel y a ambos lados de la escalera, al fornido Cristo blanco de manos y senos titánicos... Todo era desproporción. El disparate de los cinco niveles concéntricos que iban del mayor al menor como pisos de una opulenta torta matrimonial, se remataba en su cúspide con una escultura ridícula y amorfa, calco tan innovador como fallido del soberbio Cristo de brazos abiertos de la mítica Yungay. Sintió pena y la pena llamó a la burla, al ver su Catedral, Su Catedral, la de todos, convertida en

un templo moderno de concreto armado, aluminio lustroso y techos de fibra multicolor. Fascinante centro comercial, pensó entre sonrisas por esquivar el recuerdo.

Héctor miraba Huaraz y pensaba en Lima. Pensó en Lima y lo embargó una legítima melancolía por el Perú. Lo estamos mandando a la mierda, exclamó.

La camioneta siguió por la avenida Gamarra hasta dar con la novena cuadra de la Amadeo Figueroa. Estacionó a la izquierda, en la puerta de la chicharronería *San Francisco*, de su amigo y cómplice, Willy Salazar. Pidió camote frito, cancha y mate de coca para acompañar la jugosa y abundante carne de cerdo que, tostada en su propia grasa, supo librarse de aderezos, aceites, mantecas y demás engaños de cocina. Pidió también un abrazo y un apretón de manos de su Willy de años; pero le atendieron sus hijas, que ya tenía dos, cada cual más atenta y servicial, hasta que el anfitrión abandonó el fogón y con cuatro copas de aguardiente, perpetuaron los años mozos ya idos y los laboriosos por venir. Mintieron sin desmayo sobre sus vidas, porque sólo así se sabe ser peruano entre amigos y surge sin llamarla, la sinceridad. Recordaron lo ya olvidado y se vaticinaron lo improbable, que con dos copitas al punto, pasó a ser posible y en un santiamén, conquistado. Rieron de la tristeza que no tenían y entonaron una copla de adolescencia para cerrar la mañana mas no el local. Hay que trabajar, asaltados por una impertinente responsabilidad, profirieron al despejarse de las sillas, dispuestos a iniciar por segunda vez el día.

La camioneta no erró el camino porque estaba en Huaraz y no en Lima, porque el desorden mayúsculo y el tráfico, como la pobreza y la basura en cada esquina, son originales privilegios de la Capital. Tomó nuevamente la Gamarra, así como varias mentas, y enrumbó nuevamente al colegio, ya que si la responsabilidad no era su fuerte, aún confiaba contar con el compromiso.

Joaquín abandonó la cama con desgano, al descubrir entre las persianas verticales, la orden de levantarse emanada por los nuevos rayos de luz que se filtraban en su cuarto y en su vida. Caminó descalzo por la casa, como siempre, disfrutando el ligero frío

en sus plantas, rumbo a la cocina. Cogió varias naranjas y se preparó un jugo que lo desperezó por completo. Salió a la calle luego de pasar por el baño y tomó aire de su Lima a bocanadas. Le seguía oculto aún, el odiado perfume de los árboles guardianes de su casita de cuento. Pensó en Catalina y sintió a Catalina con profundo amor; al tiempo que resentía al pensamiento por la cobardía de dejarle a su esposa la labor de excusarlo y explicar de nuevo lo que él no se atrevió.

Su silencio de la tarde anterior, al igual que el de las noches pasadas con sus horas descoloridas, no fue solucionado, solamente disculpado, como si las disculpas erigiesen columnas en tierra fangosa. No fallaba el deseo ni los ímpetus, no faltaba el amor que al ardor más de una vez estorba, no faltó la sensualidad ni se ocultó la belleza. Nada naufragó; sin embargo él, no pudo. Ama, añora, desea. ¿Por qué?, le faltó preguntar, encubriéndose la única respuesta viable que no pensaba aceptar.

Catalina lo abrazó desde atrás, rodeándole con ambos brazos el vientre. Le estampó un cálido beso en el cuello y luego, dos más en la mejilla, que entusiasta volteó al encuentro de sus labios. Ella no tardó en susurrarle su amor en lenguas de elfos y gentiles. Lo tomó en sus brazos mirándole el rostro por descifrarle el alma y lo aprisionó, esperando temblar por el estremecimiento de los cuerpos nuevamente reunidos, ansiando conquistar en la piel la sensación prodigiosa que le desbordaba el espíritu, intentando imprimir entre el temblor esperado, una marca física capaz de vagabundear entre el alma y el cuerpo. Ansió tanto, tanto... Pero tuvo que contentarse con sólo ansiar. Desarmada, al fin preguntó: ¿Te gusto? Por supuesto. ¿Por qué te gusto?, amor. Qué pregunta, siendo tan cariñosa, simpática, bella, tan encantadora. Resopló su amor en lengua castiza al cruzar el umbral. Pasemos, le propuso, aceptando que solamente en toscos cuerpos se encontraba.

Josefina a secas despertó sin haberse acostado. Radiante a pesar de haber transitado la noche en el asiento delantero de su auto en vez de una cama, levitó desde la cochera a la cocina-comedor y desde ahí, dos pasos al comedor-salita. Engulló una a una cinco mandarinas y, hecha una señorita, se deleitó con medio durazno,

mientras encendía la vídeo para contemplar a cuerpos tan majestuosos como el suyo, entregar sin desmayo los músculos, pero más aún el alma, haciendo la mar de ejercicios que ella siempre repudiaba. Miró a través de la ventana de su departamento y advirtió que el cielo ya le regalaba los primeros rayos de sol; entonces, se dirigió a la mesita de noche y cogió el teléfono. Timbró una vez, dos veces, tres... Contestaron.

— ¿Qué tal?, Joaquín.

— *¿Josefina a secas?*

— Sí. *¿Cómo estás?*

— *Dormido, pues Josefina; yo madrugo más tarde. ¿Qué hora es?*

— Si digo de levantarse, supongo que me cuelgas.

— *Llama luego.*

— No, no. No cuelgues. Te parece si nos vemos al mediodía.

— *A la hora que quieras, pero déjame dormir.*

— A las doce en el patio del Museo de Arte de Lima, ¿estamos?

— *No...*

— ¡Joaquín!

— *Claro, claro. Museo de Arte a las doce. Nos vemos.*

— ¡Ya amaneció!

— *¡Largo!* —exclamó Joaquín, entre el fastidio y la risa, antes de darse la vuelta y emprender la reconquista del sueño, aunque ya picado por la urgencia de levantarse, tomarse un jugo y ganarle tiempo al día.

Josefina a secas colgó el auricular del teléfono minutos después de acabada la conversación. Su mente vagó entre la mañana que le esperaba, larga y desocupada, sin encontrar más citas que la del mediodía ni labores por delante en medio de las cortas vacaciones que todo el equipo electoral dispuso tomarse hasta el jueves próximo, dos días antes de la presentación de su amigo como candidato y el inicio de las correrías del presidenciable. Se dirigió al cuarto de baño evitando al dormitorio y a la cama como a enemigos emponzoñados y abrió el caño de agua caliente, mientras alistaba un frasco de burbujas para agua y una esponja de fibra que no usaría. Cerró la puerta a fin de permitirle al vapor envolver la habitación y cubrir con su gaseosa seda los dos enormes espejos que flan-

queaban la tina color perla, ansiosa por olvidarse entre el calor y la espuma. Dejó caer a las baldosas grises el vestido de tiras color turquesa que conseguía cubrirle los muslos pero no las rodillas. No llevaba sostén; pero sí trusa. Un minúsculo pedazo de tela labrada color melón, le cubría las partes más íntimas de su cuerpo, ciñéndole trazos y contornos. Se lo quitó sin premuras, pausada como una caricia fue bajando con ambas manos, una a cada extremo de su cadera, la delicada prenda que ocultaba los colores más dispares de su piel. Quedó desnuda. Atisbó, hecha un figón, a través de las cortinas de vapor que cubrían su reflejo y pudo entrever la majestuosidad de su cuerpo de pies a cabeza. Mediante su imagen en el espejo, vio ocultarse su perpetuo bronceado entre la lechosa capa de bruma de una niebla sin estación. Miró sus tobillos torneados, sus piernas prominentes e interminables, y corrió las manos por sus caderas redondas antes de entregar sus dedos a un jugueteo de danzarines inquietos sobre su pubis negro y frondoso, pero se sintió seca entre las piernas, áspera y rugosa por unos instantes, pues como siempre, tardó muy poco en aflorar la tibieza húmeda de esa piel delicada, tan viva como la soledad. Su cuerpo desde ahí se fue encendiendo y transmitiendo el ardor a cada fibra, a cada nervio. Quemaba. Acercó sus palmas hacia su cintura estrecha y las deslizó sin obstáculos sobre su vientre sin estrías, no se amilanó ante sus senos y cogió levemente sus pezones, que no tardaron en reaccionar ante la confusión ignorante de unas manos cálidas que los tocaban. Se endurecieron y cobraron forma. Los pellizcó con gusto antes de abandonarlos a su suerte para balancear con sus manos hechas copas, sus senos redondos y erguidos, sus senos de desvarío. Entró a la tina luego de constatar que su cuerpo, afanoso después de meses de virtud no premeditada, se mantenía portentoso y envidiable. Sintió legítimos deseos de poseerse, ganas de ella misma extasiada por la belleza que exponía e irradiaba, mientras se empapaba en el agua y se dejaba cautivar por la fragancia de sándalo y rosas de las burbujas indiscretas que le acariciaban el cuerpo, mas de a pocos, tímidos primero y avezados luego, fue cogida por la modorra y el sueño.

Héctor recorrió archivos y escritos vetustos de uno y otro local escolar. Erró sin desfallecer entre el colegio *La Libertad* y el *Luzuriaga* más de una vez; pero nada, ni un solo nombre de profesor conservado hasta el cincuenta y ocho, tan sólo escasas referencias de alumnos, entre éstas el nombre de su tío, sin notas ni glosas al pie. La información sobre administrativos, docentes o estudiantes en el intervalo hasta el año setenta estaba forjada en tinta azul y verde de una fina letra de tipo imprenta; pero conservada en copias espurias de legitimidad discutible. A los meses de la catástrofe, fueron reorganizados los datos con la memoria escasa y la mejor fe de los generosos ex alumnos que accedieron a tomarse unas horas a la semana para esparcir sus recuerdos en un papel timbrado por el Estado militar que los tenía olvidados a pesar de las promesas y la ayuda de más de setenta países, que dejaron de lado sus credos y sus políticas para tenderles las incontables manos que nunca vieron. No había documentación. No quedaban rastros de un fantástico Joaquín Medina como tampoco de un don José de San Martín ni un Teófilo Cubillas o un Pedro de los Palotes. No había documentación.

Atravesó el patio del Colegio Nacional *La Libertad* y lo notó funcional y moderno, pero también uniformizado. Las aulas, los corredores, la forma hexagonal de las columnas principales, el color que maquillaba sus paredes, lo semejaban tanto a un colegio estatal de Comas como a uno de Junín o Madre de Dios sino fuera por la loma árida que le servía de patio. Como todo en Huaraz, derrumbada la tradición bajo los cimientos enclenques de la modernidad provinciana. La irracional búsqueda de homogeneidad exhibía uno más de sus fracasos aquel día. Las bellas columnas dóricas trabajadas en mármol y los frisos tallados con presunción andina que evidenciaban las postales del recinto antes del siniestro, compradas a tres por cinco soles en la Dirección del plantel, replicaban con orgullo a la monumental puerta de acceso de la Acrópolis, los Propileos. La venta de aquellas tarjetas con imágenes de otrora le evidenciaron tanto el cambio que sufrieron los *lapacos*, como afirmaban su abuelo y su tío ser llamados por la envidia, al ser estudiantes que solazaban sus lecciones en piscinas,

canchas de tenis y fútbol, portaban uniformes de sastre y demás comodidades impensadas para una capital serrana, olvidada por la todavía pequeña y opulenta metrópoli, como también, la incapacidad de aceptarse en un presente sombrío y la pasividad a tentar una mejora. ¿Falta de dinero para regresar a aquella postal que vende con tanto orgullo el Director actual, de seguro siguiendo la tradición impuesta por los anteriores? O simplemente, es la apatía que desborda a perpetuidad al país cuando se añora el cambio y se requiere esfuerzo, rumió Héctor, estimulado por la vanidad: hacemos falta.

Dejó atrás la puerta de metal negro del frontis, con la peregrina certeza de haber hecho un viaje placentero, pero improductivo; no obstante, contaba con siete nombres inequívocos en los tres papeles que trasladaba dentro de un fólter de manila amarillo, cinco de alumnos y dos de profesores, que al menos lo acercaban en fechas y datos al fantasma que su tío le había encomendado ubicar.

Justino Tapia fue profesor de lenguaje en la Gran Unidad Escolar hasta mil novecientos sesenta y cinco. Maestro de escasas luces y generosidad comprobada, según comentarios de anónimos entrevistados, falleció de tuberculosis en Huaraz, su ciudad natal, el 24 de agosto de 1998, según el certificado del legajo municipal. Uno menos, carajo.

Carlos Torres, seguro ingeniero de minas, emigró de Huaraz al culminar el colegio en mil novecientos cincuenta y siete. Paradero desconocido.

Rosa Cruz Romero, hermana de Jacinto Romero, tercero de la promoción sesenta, afirma que su hermano dejó el país hace cuatro años. Destino: EE.UU., en busca del sueño americano. Al parecer, trabaja de cajero en un *fast food* de mexicanos. Su anterior esposa tiene un nuevo compromiso y sus hijas también están casadas; pero con un par de anónimos humildes. Todos viven en las afueras de Trujillo. Sobrinas hermosas y ex cuñada de espanto, acota la hermana.

José Villanueva Durán, promoción sesenta y uno, vive desde hace muy poco en la ciudad de Cajamarca, luego de haber sido alcalde de Sucre, Chota y Celendín. Se pudre en plata el ratero ese,

grita su medio hermano Jonás, al otro lado del cuarto, sin intervenir más en la conversación que sostiene Héctor con la madre, una octogenaria que conserva sus fotos salidas en periódicos de la región como si fueran medallas al mérito, con orgullo desprendido. Jirón Huánuco, tres cuadras al norte de la Catedral. Uno.

Rubén Zorrilla, profesor; Edwards de la Cruz, promoción cincuenta y seis y Juan Vizcarra, primero de la promoción cincuenta y ocho; no dejaron rastro de su vida y paso por Huaraz. En las direcciones consignadas se encuentran dos discotecas y un negocio de verduras de un gordo displicente y desorientado. Uno, solamente uno, se repite Héctor, atravesando el puente sobre el río Quillcay, contemplando unos minutos el *boulevard* de su margen derecha. En un corredor de losetas pardas, con una fuente central que precede a la sencilla glorieta, descansan sobre pilares de imitación mármol, tallados en piedra blanca de tosco acabado, las figuras de los muy nobles Pastorita Huarasina y Jilguero del Huascarán, uno frente al otro, para la posteridad; a la par, seis representaciones de mujeres y hombres andinos en actividades tan cotidianas como hilar o coquear. Bonito, se dice Héctor, al enrumbar hacia los Baños de Monterrey, surcando la carretera afirmada que atraviesa el Callejón de Huaylas.

La tierra y el polvo que levantan el paso de las llantas; la lluvia que comienza a bajar desde el este; las casas de adobe y techos de teja a dos aguas con perros y gatos dentro, junto a personas y cuyes o también conejos; los eucaliptos que ennoblecen el paisaje como columnas naturales, coronados con copos de hojas verdes matizadas por el blanco de la helada, sus semillas que simulan trompos de niño, el olor que emanan, saludable y penetrante; el rumor del río que milenios atrás trazó un cañón entre dos cadenas montañosas, su tono cristalino y la frialdad de sus aguas; los cerros y los nevados, aislados en ramales paralelos de la cordillera de los andes, enfrentados y contrastados; captan uno a uno, toda la atención del joven Héctor Calderón, quien se detiene antes de virar y seguir al más pequeño de los afluentes del Santa, en la angosta pista que lo franquea, camino a los Baños. Contempla a la lejanía el paisaje encuadrado en el rectangular vidrio delantero de

su camioneta y, ansioso, recorre con la mirada las colinas pintadas de verde, viejas y productivas; al otro extremo, atiende a la blancura hechizada de los picos nevados, enlazando la visión con la memoria de relatos míticos donde el amor prohibido por los hombres indignos, puede perpetuarse cuando se petrifica: Huascarán, guerrero y plebeyo; Huandoy, hermosura y nobleza; Alpamayo, inaccesible belleza andrógina de sacerdote agorero. Gotitas extraviadas comienzan a perlar el cuadro, a empañarlo, desdibujando la senda descuidada que permanece a su alcance, marcando el centro, indicándole el camino. No tuviste que pensar mucho para modificar tu destino: Yungay antiguo y la laguna de Llanganuco, a casi cuatro mil metros sobre el mar.

Héctor atraviesa el pórtico de bienvenida a Yungay antiguo y descubre los vestigios de la ciudad destruida hace más de treinta años. Cuatro palmeras, una aún viva; un bus interprovincial, retorcido, aplastando a un par de trastes irreconocibles; el remedo de su catedral y el púlpito emergido del lodo con el paso de los años; tal vez uno u otro detalle alrededor, lejano, forzando el recuerdo inventado de una ciudad que albergaba a veinte mil habitantes, que se jactaba de su fuente importada desde Inglaterra, de su pujanza y belleza. Yungay hermosura, tuvo que declarar el sabio Raimondi al recorrer sus calles muchísimo tiempo atrás que la naturaleza barrera sin reparos los logros sostenidos del hombre. 31 de mayo de 1970, leyó en una inscripción de piedra que le mostró un niño, quien por unas moneditas, señor, para mi pan, señor, le contaría la historia de la tragedia en la que se salvó su abuelo, junto a noventa y un personas más, aquel domingo en la tarde, en los altos del cementerio, abrazados al Cristo blanco, señor.

Domingo a las tres y veinte se inicia un terremoto que tiene su epicentro, así se dice, señor, no se ría, en el océano Pacífico, a la altura de Casma. Siete punto siete en la escala de Richter. Las ondas isosísmicas se desplazan circularmente hacia muchas zonas del Perú; por supuesto, también remecen Lima. Las ondas viajan bajo tierra y se acercan al Callejón de Huaylas en menos de un minuto, atraviesan con facilidad la cordillera negra y el movimiento sacude Huaraz, Carhuaz, Yungay, Caraz; pero las ondas no pue-

den atravesar la cordillera blanca, mucho más joven que la otra y más fuerte. Como un edificio macizo que resiste un golpe, tiembla, mientras las ondas, simulando un eco, regresan por donde vinieron y se encuentran con las que siguen llegando desde el mar. El terremoto cobra dimensiones trágicas en este valle, señor. Siete punto cuatro en la escala de Reichter. Los nevados han retumbado. En estos terrenos aún siguen siendo las tres y veinte de la tarde... el tiempo se ha detenido. La gente del pueblo que ahora usted está pisando, está tomando la siesta luego del almuerzo, de seguro desayunó chicharrón con mote luego de la misa de las nueve y paseó por la plaza para ser vistos con trajes de domingo. Un feriado cualquiera. Unos pocos han ido a visitar a sus muertos al cementerio, allá arriba. Otros, han enviado a sus niños, muchos niños, señor, al circo Virolina Europea, en lo que era el estadio, allá al oeste, arriba. El Huascarán se sacudió y de sus alturas dejó desprenderse, a seis mil metros, un bloque de hielo que descendió con rocas y lodo en tres minutos, en un instante. Tomó la quebrada que ve allá al este y la recorrió destruyendo todo a su paso. Arrasó Ranrairca y después, Yungay. Para llegar hasta aquí, tuvo el alud que saltarse aquel cerro de doscientos metros de alto; se lo saltó, señor, y enterró al pueblo, lo sepultó con una capa de lodo de ocho metros de espesor, semejando a una malagua que se agita sobre un mar de tierra fértil. Murieron las casas y los autos, los bienes y los animales, sus gentes, excepto el Cristo blanco que está ahí, coronando el cementerio; abrazados unos y trepados otros, entre ellos mi abuelo, a su amparo salvaron sus vidas noventa y dos personas. Vamos para allá, acérquese, mire, mire la inscripción en aquella lápida: Hija, suéltame, sálvate tú. Esa es la historia, tamaña frase la sintetiza, señor. En el circo, el payaso Chupetín logró transmitir su calma mientras buscaba la salida entre el pánico de los niños. Salvó a más de doscientos cincuenta, huerfanitos todos en un santiamén. Más de veinte mil muertos en una nada, señor.

Héctor sacó unas monedas de su bolsillo y se las entregó al niño, quien se retiró sonriente, a la búsqueda de otro turista a quien repetirle la misma historia, señor.

Alrededor de los vestigios de la Catedral, la tierra de muerte, que fuera fango y nieve, rocas y troncos, produce vida. Amarillas, rojas, escarlatas, rosadas, anaranjadas, de tonalidades grises, púrpuras y ámbar, grandes y pequeñas, una incontable diversidad de rosas tapizan el campo santo del pueblo desaparecido. Tanto, que el codiciado perfume arrojando la desolación que la naturaleza sembró, sirve para recordarle al hombre que la vida es un regalo a plazo fijo y percedero, que la arrogancia es un mal humano que sabe aplacar sin recelos y que la madre puede ser madrastra de ladino cuento si el hijo se empeña en ser hijastro.

Cogió su camioneta y comenzó el ascenso hacia la laguna de Llanganuco. Con velocidad pausada fue dejando atrás la carretera afirmada para adentrarse entre montañas, en un sendero plagado de curvas e imperfecciones. De vez en vez, bordeaba un poblado o rebaños de ovejas encaminados por pastorcitos despreocupados y menudos. Así, entre las flores de retama de encendido color amarillo, vio a una pareja de muchachitos, quinceañeros de seguro, sacando de canastas y bolsas una botella de chicha de jora, pan y carne, choclos y papas. Detuvo su vehículo y contempló el rito, divertido con los carneros que vagaban sin ataduras por el campo, aprovechando el jolgorio. El cholito cogió el sombrero de la chinita cuando descuidada improvisaba una mesa en el pasto crecido, y corrió a la espera de ser perseguido por ella. La chinita se puso de pie y fue tras él. Quimboso, evadió cada aproximación de ella dando círculos a su alrededor, bromeando, provocándola. Ella corrió más enfurecida y él bajó el ritmo de su huida, dejándose atrapar y jalonear. Mientras tiraba y forcejaba, la tomó por la cintura y ella le encajó un golpe en el rostro y fugó ahora riéndose, divertida también. Amor serrano lo llamarían en Lima, incapaces siquiera de intuir que el enamoramiento no requiere siempre de cine, peluche y helados. *Cuyanacuy*, pronunció Héctor tanteando algún recuerdo, pensando en los cortejos de adolescentes de sus primos provincianos, antes tan bruscos y rústicos a sus ojos de niño, y hoy, pasado el tiempo, comprende diferentes. El cholo cargó sobre sus hombros a la chinita como a corderito, llevándola hasta las flores de retama que escondían la bebida y la comida de

las miradas entrometidas que siempre merodeaban la zona, y se sentaron en el suelo sin más dilema que aguardar una tarde despejada, confiando en que la lluvia indecisa no estropeará el paseo surgido en pleno día de faena o terminara por complicar el amor que entre correrías y sin palabras se prometieron.

El auto recorrió la avenida Arequipa hasta llegar a su primera cuadra, a la altura de la embajada Argentina, rosada, y dobló a la derecha en 28 de Julio, antes de presenciar la mutación de la ciudad que aguardaba a partir de la vereda contraria. Lima es tan pequeña y tan grande. El Mercedes negro ingresó al Gran Parque de Lima por la puerta posterior y descendió al estacionamiento del sótano sin tomar atención a las pitadas del guachimán, uno de esos miles de uniformados sin pistola ni placa que heredó la ciudad para su resguardo desde el terrorismo. Joaquín miró su reloj: Doce del mediodía. Josefina a secas, impuntual e indisciplinada, procuraba con él una responsabilidad inusual que merecía correspondencia. Caminó un trecho con Pedro, quien aguardaría con una gaseosa en la mano a que terminase su encuentro. Enfiló hacia el Museo de Arte moderando su premura, más inquieto por la emoción de encontrar las piezas arquitectónicas remozadas, las aceras limpias y concurridas, que agitado por las intenciones misteriosas tras la llamada de su amiga. Será luego, se dijo Joaquín al atravesar el Pabellón Morisco, la pileta china, al contemplar de lejos La Cabaña y el Parque Japonés. Llegó al pórtico posterior del museo y al cruzar sus portones de cedro y aros de hierro, se deslumbró ante el salón embaldosado de perla y negro, a manera de escaques de ajedrez, reflejando los destellos de la mesa central troquelada en bronce. Se asomó a la cafetería y descubrió a Josefina a secas frente a un módulo de visitas virtuales, contemplando atenta la exposición de *La Piedad de Florencia* de Miguel Ángel. Joaquín aguardó a que terminara o lo advirtiera. Al poco rato, ella volteó y con genuina satisfacción le imprimió un beso en la mejilla y un apretón de manos desprovisto de fuerza.

— Mi amigo. ¿Cómo estás Joaquín?

— Bien, Josefina a secas. Cumpliendo con tu cita.

— Te parece si nos sentamos a comer o tomar algo.

— Yo preferiría caminar a través del parque.

— Esta bien, pero luego comemos algo, ¿de acuerdo? Aquí preparan un consomé de legumbres que no pienso perderme.

Abandonaron el museo y caminaron sin prisas sobre las veredas empedradas, entre árboles, flores y gente sin perros.

— ¿Cuál es el motivo de esta reunión apurada? Tanta urgencia no es habitual.

— No soy buena para rodeos, Joaquín, así que te expondré lo que ando pensando sin ornamentos de estorbo: A ti te pasa de todo.

— Estás bromeando. ¿No me has traído hasta el centro de Lima para decirme eso?

— No, para escucharte. Estás intranquilo, insatisfecho, ansioso, con angustia. Lo trasmites a cántaros con tu mirada y tus gestos, hasta se percibe tras tus palabras. Fue muy notorio la semana pasada en la reunión que tuvimos.

— ¿La de imagen para la candidatura?

— Sí. ¿Recuerdas lo que se habló?

— Desde vestimenta hasta detalles sobre mis labores en la universidad.

— Tú respondiste: Terno, cuando te preguntamos qué preferías vestir para la campaña. Nadie en un país folclórico como el nuestro lo usa si quiere llegar a Presidente, pero sabiéndolo, dices terno. Un chofer y un auto cómodo: No, aunque no te quedó otra que aceptarlo luego de haber despreciado la idea de cambiar tus hábitos, abandonar tus taxis y combis. Trabajando en fiestas como evitando otra cosa. Imponiéndote una responsabilidad prescindible y fuera de tiempo. Ocupándote, cuando una candidatura a la más alta magistratura del Perú te espera. ¿Así te impides pensar o hacer qué? Para terminar: Una mudanza que postergaste bastante a pesar del amor profundo que sientes y exhibes. En conclusión, a mi juicio, tú estás buscando no sé si preservar u obtener equilibrio, uniformidad, ecuanimidad o quizá, pretendes mantener la imagen preconcebida que otorga el traje. No es lo que quieres, es lo que necesitas, por eso rehuyes al cambio. Algo falla en tu vida si quieres soplarte sendos meses de verano ardiente con tamaña indumen-

taria, trabajando en épocas de descanso y eligiendo el caos que no por acostumbrado te agrada. Algo te está ocurriendo, sabes que no exagero... O es que, ¿quieres boicotear tu propia postulación?

— Josefina a secas, tú y yo sabemos que te sobra más de un tornillo, pero no te esperaba pitonisa, hecha toda una Cassandra. Terno: Me pasa algo. ¿De dónde has sacado tanta chifladura?

— ¿Por qué bromeas?, Joaquín. ¿Estás evitando hablar? Te propuse venir hasta acá porque estoy preocupada por ti. Somos amigos. Me aprecias tanto como yo a ti y nos conocemos algunos años ya, a largo de cada temporada de estudios en el instituto, iniciados por tu impulso, y antes todavía, desde los días en que me puse a laborar de secretaria improvisada, cuando llevaba el cabello sucio y confiaba en el poder de seducción de mis pantalones rotos. Tú no has cambiado nada, claro. Tienes pacto con el diablo; pero, mi querido Fausto, ¿qué te aqueja? No se lo contarás a Catalina. ¿Por qué no a mí? Mi razón, así de trastocada como dices, me permite entender cualquier cosa.

— No bromeas, ¿cierto?

— Cierto, Lucas... Dicen que tú y yo estamos locos...

Joaquín sonrió y tomó asiento con ella en una banca cercana al Pabellón Bizantino, a la sombra de un árbol, rodeados por niños. Los vio feos, sin gracia, pero también vivaces, vitales. Le engendraron envidia.

— No estoy bien; pero no es de ahora, unas semanas, ni nada de eso. Es toda una vida. Tengo miedos, dudas, penas, gran pena.

— ¿Por qué?, Joaquín.

— Es demasiado por contar.

— Tengo tu tiempo y el mío.

— Pero no mis deseos de hablar.

— Sí, tu necesidad.

Levantaron la vista y se encontraron con el paseo de dos niñas en bicicletas. La madre, con dos pares de rueditas traseras en la mano, corría tras ellas. Cuidado, cuidado. Un bache, gritaba a cada paso. Las niñas reían despreocupadas. Al llegar a la pileta china, la envolvieron una, dos, tres veces, acelerando sin temores. Más lento, más lento, gritaba la madre, todas las madres que te-

nían a sus hijos correteando entre los árboles. Cuidado, cuidado, quienes los tenían al lado del estanque dando de comer a los patos en sus orillas o tirando migas a los peces. No se daban cuenta de que sus hijos e hijas ya estaban formando pequeñas cofradías de confianza y apoyo mutuo, donde los golpes eran parte del juego, o caerse y rodar era parte de la diversión, donde ellas, protectoras todas y algunas sabihondas sin capacidad de comprender, nubladas por su rol, quedaban fuera.

— No puedo, en fin, no quiero... todavía, contarte mis motivos; pero acaso sea un buen comienzo confesarte sus consecuencias. ¿Quieres escucharme?

— Claro, Joaquín.

Joaquín se puso de pie y la tomó de la mano, ella corrió su brazo entre el suyo, cual quinceañera ante su galán, y caminaron en dirección al Pabellón Morisco, hacia su escalinata y sus vitrales.

— Tengo problemas con Catalina... Bueno, siendo preciso, el problema está en mí. No puedo cumplirle, cumplir como hombre.

— ¿No se te para?, Joaquincito.

— No seas grosera, muchacha. No es broma.

— Disculpa. ¿No puedes obtener una sólida y enhiesta erección?

— Muy graciosa. No, no es eso. No puedo mantenerla. Antes de reunirme con ella, íntimamente quiero decir, todo se deshace, no sólo el miembro cae, sino además los ímpetus y el vigor.

— Es la edad, Joaquín; ya no eres un jovencuelo.

— No es la respuesta.

— ¿Cuál es, entonces?

LA RESPUESTA ES EL MOTIVO. PRONUNCIARLO ES ACEPTARLO. CONFESARLO ES TRANSMITIRLO. COMPARTIRLO ES ENTREGARSE. OTORGARSE ES TERMINAR. FIN DE LA NOVELA AÚN NO ACABADA DE ESCRIBIR.

— La respuesta puede ser el motivo.

— De tus angustias, penas, ¿de todo?

— Sí.

Bordearon el Pabellón Morisco, sin entrar. Numerosos muchachos en pareja, sentados sobre las losetas, apoyados a las columnas ataviadas de crema y terracota, escuchaban música con guitarras en mano, seduciéndose entre palabras y miradas, parcelando

el pequeño recinto en metro cuadrado por par, traficando con desconocidos sus diálogos sobre deseos insatisfechos o amores prometidos hasta la eternidad. Grupos riendo y soñando, mintiéndose por evitar las dudas que la niñez hace poco abandonada no les permitía descubrir, discutiendo nimiedades con prudencia y prometiéndose amarse sin desmayo, con tesón, burlando el imperio del tiempo, por lo menos entre las horas robadas a las clases de academia o universidad. *Polvo serán mas polvo enamorado*, diría envalentonado alguno, coincidiendo con Quevedo. Tanta vida junta le negó a Joaquín la entrada y le enrostró a Josefina a secas su soledad.

— No me enterarás de tus motivos, aunque mi intención sea ayudarte, ¿verdad?

— Así es.

— Pero, ¿qué harás con esa...?

— Disfunción, impotencia...

— Transitoria... Sí. Catalina es una mujer atractiva y nadie dudaría que la amas y de seguro, deseas; no es necesario que lo digas para notarlo en ti. No hay un problema. Estás bloqueado, mi amigo, tan sólo es eso.

— No es una mera cuestión de intimidad y sexo. Menudo inconveniente sería. Es mi falta de emoción, que bueno, también se apodera de esos momentos.

— ¿No querrás decir motivación?

— No. Emoción, vitalidad. Se me va, se me está agotando. Me siento como una foto que, cumplido el tiempo, debe aceptar se desvanezca la imagen que pretendió perennizar.

— Cuerpo que pasa a ser espíritu, inmaterial e invisible. ¿Quién es el chiflado?

— Tú eres la indicada para escucharme, Josefina a secas.

— Es que Joaquín, no puedo entender lo que sientes. No puedo.

— No le hablo a tu razón...

LA RESPUESTA ES EL MOTIVO. PRONUNCIARLO ES ACEPTARLO. CONFESARLO ES TRANSMITIRLO. COMPARTIRLO ES ENTREGARSE. OTORGARSE ES TERMINAR. FIN DE LA NOVELA AÚN NO ACABADA DE ESCRIBIR.

— ¿A qué le hablas, entonces? ¿A mis emociones?

— Descuida, a mí. En voz alta pienso, contigo. Gracias, gracias. Nos espera tu consomé de legumbres, vamos.

— *Así están las cosas, Héctor.*

— Sí, tío. Ahora sólo nos queda buscar en Cajamarca.

— *Claro. Y seguro, estás pensando en ir tú.*

— Bueno, tan mala idea no es.

— *Pero no es necesaria tanta molestia, a este paisano lo ubico desde Lima, ya verás. Tengo largos tentáculos. Una adecuada llamada y punto.*

— Tío, pensaba en que tal vez, no sé, todavía conserva vínculos con algún condiscípulo del colegio. Alguna persona de su promoción. Un contacto que nos caería a pelo, dadas las circunstancias.

— *Hijo, no crees que si yo tuviera ese contacto, como le llamas, no habría recurrido en primer lugar a él.*

— Bueno, es que usted prefería una investigación reservada, conversarlo con alguien habría significado descuidar esa premisa.

— *Un contacto, mi querido Héctor, con más de medio siglo de antigüedad, merecería mayor confianza de la que te guardo a ti. A algo así, maravilloso e inapreciable, se le llama amigo. La familia es una ligazón de sangre que no eliges; pero que conlleva ataduras que escapan a la razón y son de un poder indestructible que la convivencia potencia o mitiga, mas nunca desaparece...*

— Y por eso mismo, no es un desatino afirmar que la familia es también una forma exclusiva de amistad.

— *Quizá tengas razón; sin embargo tus aciertos descuidan que la amistad es la elección voluntaria que hace de ti un extraño para compartir su vida: Es el más valioso logro del tiempo. Lamentablemente, no conservo ninguno, todos quedaron atrás como mi niñez y mi adolescencia. Errores del pasado, sobrino, qué le vamos a hacer.*

— Sólo pensaba en esa posibilidad, tío.

— *Te falta aún mucho, hijo.*

— Al andar se hace camino.

— *Claro, pero al volver la vista atrás, se ven las sendas que nunca se han de volver a pisar. El tiempo no regresa, es una línea recta con único sentido.*

— Antes se confiaba en un tiempo circular, no lo olvide. Lo que fue vendrá, el pasado regresará; como pensaban los incas.

— *¿Cuántos de ellos quedan ahora?, hijo.*

— Todos abordaron nuestra memoria, están en nosotros.

— *Qué huachafo te estás poniendo. En fin, en nosotros sí; pero no entre nosotros.*

— Entonces, ¿qué lo lleva a buscar a ese Joaquín Medina de rostro invariable?, tan rebelde al tiempo como a fundar familia y guardar memoria, según parece.

— *Porque tal vez estamos tras el personaje central de la leyenda del judío errante en dimensión andina y nacional, sobrino.*

— ¿Usted no está hablando en serio?

— *Es un rival a la candidatura y como tal, tenemos que agotar toda la información sobre él. Hace una semana, unos muchachos revisaron al vuelo en los archivos de San Marcos sin encontrar nada relevante, tampoco ubicaron gran cosa en los registros electorales. El tipo es un enigma y hay que desentrañarlo.*

— Por mi parte, ya se agotó toda la investigación aquí.

— *Sí, lo sé y te agradezco. Con todo esto, ¿nos veremos mañana a primera hora?*

— Por supuesto, tío. Hasta mañana.

Héctor escuchó la despedida al otro lado de la línea y un par de consejos a su prudencia, aceptando de boca para afuera uno y convencido otro. Cerró la tapa del teléfono, lo guardó en su bolsillo y reanudó la subida a la laguna. Luchando más contra la polvareda seca en los ojos y su resquemor en la boca que preocupado por sortear con eficacia los descabros del camino, en pocos minutos llegó a las alturas de Llanganuco. El color turquesa dominaba en el pliegue de sus aguas, salpicada de verde alrededor de las piedras, índigo y azul en la superficie estática. El viento recorría la meseta a velocidades desproporcionadas, advirtiéndolo con barullo el regreso de la lluvia. Respiró con hondura el aire gélido que llegaba desde el este, desde las montañas nevadas que parecían emerger de la ribera opuesta e invisible de la laguna hembra que visitaba. Se arrodilló cerca de su orilla y al palpar la espuma cálida, recordó recién que al retirar la mano sabría qué tan helada

permanecía el agua. A la derecha, contempló el bosque de quenuales que franqueaban el paisaje. De color cobrizo semejando a bonsáis crecidos con desproporción; de ramajes dispares en tamaños, formas y antojos; con su corteza descascarada como árbol cogido por la lepra o cebolla malformada, dejando escapar su piel al simple contacto de las gotas de lluvia que precipitadas le robaban así su protección y su medio de vida, tan viejos como autóctonos; nacidos con el continente, despojados de mimbres y pompas, prestaban a la puna su belleza rancia y marchita. Sin saber a cuento de qué, recordó una noche añeja en que una mujer, entonces muchacha, le confiaba que el inalcanzable cóndor era su amigo y en una tarde de abril, le regaló como muestra fraterna una pluma negra, mientras se instalaba en una carpa de nylon sobre un pastizal, en los altos de una montaña sin nombre. La noche se acercaba deshaciendo en hilachas las nubes de algodón dulce del cielo, con el sol precipitándose en el mar oculto, atrapando el paisaje con destellos dorados, libres del rojo y el anaranjado de la ciudad, refulgiendo oro en la inmensidad. *Qarhua*, debió gritarle Héctor a los árboles y a las flores amarillas que confundió con retamas, entre tanto percibía el parloteo de los cerros y la ligereza de los diálogos entre los turistas, antes que la escarcha y el granizo, llegados con la lluvia y el viento, le robaran de un tirón la gorra inútil que cubría su testa. Corrió tras ella hasta alcanzarla, hasta alcanzar su camioneta, hasta alcanzar Lima.

Josefina a secas regresó a su casa luego de vagabundear por el centro de Lima. La tarde estaba llegando a su fin cuando cogió un taxi desde Conde de Superunda, en el frontis del convento Santo Domingo, frente a los artesanos de la plazoleta del Lustrabotas, entre las vendedoras de estampitas y detentes, de incienso, de vida eterna a cambio de rosarios fosforescentes. El taxista le habló de la economía y la recesión, de la corrupción y la cantidad de peruanos que seguían abandonando el país. Ya tenemos más de dos millones de compatriotas fuera, imagínese señorita. El diez por ciento de nosotros está en otros países, apuntó muy informado el chofer, tan experto en relaciones exteriores como en ética o econo-

mía, para rematar como todos los taxistas, todos los industriales, todos los estudiantes, todas las amas de casa, todos los profesionales, todos los futbolistas, dando la receta salvadora, aquella que el gobierno de mierda no ponía en práctica por timorato aunque era tan evidente, la receta para salvar al Perú, tan infalible como las que escuchamos tú y yo cada día de mis labios o los tuyos. ¿Quién cree que gane las elecciones?, señorita, preguntó al abrir la palma de la mano para recibir el dinero en pago por la carrera que concluía. Josefina a secas se alisó la blusa y bajó del auto, tiró la puerta y se acercó a la ventilla opuesta a la del conductor: El mío, le informó.

Catalina abandonó la habitación, provocando varios ruidillos impertinentes. Chasqueó los dedos, soltó un estornudo y taconeó a cada paso hasta abandonar el recinto. Joaquín escuchó al otro lado de la puerta un silbido desafinado que se perdió en una carcajada moderada. Se puso de pie y dio unas vueltas frente a su escritorio, entre los estantes atiborrados de libros que de piso a techo tapizaban su estudio. Lo había vuelto a hacer. Catalina bien sabía que a él le disgustaba ser perturbado mientras trabajaba; pero ella lograba desbaratar su concentración sin pesares, facilitándole la distracción que no pedía, no obstante necesitaba. Regresado del centro, llevaba varias horas sentado ante una serie de escritos, libros y papeles, valiéndose de lápices de colores y un par de plumones, anotando datos y compilando información, memorizando citas y evocando hechos, cotejando la verdad oficial de la historia con su memoria, confinándola para no fantasear y menos, mentir a los oídos de sus alumnos. Repasó las peripecias del tercer viaje y, en especial, la noche de San Eugenio en que fueron tratados como señores por el taimadoso Capitán. Trajo a su mente la indiferencia de los victoriosos hombres del Levante, quienes no le dispensaron siquiera el rechazo, llamándole cobarde o traidor, apóstata o hereje, pues simplemente lo olvidaron, quitándolo de las memorias como a un paria que mancha una estirpe briosa. Sin patria, recordó haber vagado por territorios ansiosos de un nombre nuevo, entre seres que habría que exterminar para fundar la nueva raza. Avivó la ilusión persistente y, a veces caduca, de reconci-

liarse no con España ni los *suyos* sino con Dios, la necesidad de ser nuevamente acogido en su seno y, aunque sea, de recibir la pródiga muerte como descanso a su soledad. Soledad, su título primero. Quiso relatarle a Josefina a secas, más que las minucias heroicas que recordaba como jirones de una tela rota por el tiempo imposible de una vida sin vida, la angustia de no saber quién era luego de llamarse y verse de tan diversas maneras; sin embargo, la razón de su amiga lo detuvo. Hablar, hablar, solamente hablar, parece fácil. Claro, dirían muchos, te paras frente a otro y se lo cuentas, como quien relata la anécdota del diario que se leyó entre el jugo y el café del desayuno, pero no. Hablar de uno, no de sucesos y acciones, sino de nuestras angustias, compartir nuestra debilidad, no es menuda tarea a pesar de la confianza y el aprecio, la amistad y el amor. Ser débiles es privilegio de la intimidad, al igual que los azares en los tálamos o la desventura y la dicha derrochada en la imaginación antes de cerrar los ojos para dormir. La debilidad compartida no se mitiga, sólo se evidencia. Todo era una mentira, ser Presidente el embuste mayor de una existencia plagada de sueños y pesadillas, signada por la imposibilidad de las leyes y el buen juicio. No me puedo morir, Josefina a secas, quise confiarle en la banca del Parque, contemplando peces y patos. Pero ¿quién te entendería?, si hay quienes se apresuran por las cuentas de fin de mes o se alegran por el ahorro de tiempo que brinda la computadora para el trabajo, aunque cada día abandonen más tarde las oficinas y conversen menos con sus familias. ¿Quién te entendería?, si la resurrección de la carne sólo la reciben los bienaventurados difuntos, según el cristianismo que te rechazó. ¿Quién te entendería?, si no faltan los atribulados por el dinero, siendo tan sólo un convencionalismo de papel impreso con la rúbrica de un desconocido, desinteresado en conocer al destinatario. Un mundo plagado de convenciones ¿cómo te iría a entender?, Joaquín Medina, cuando tu desajustada amiga te replicó su aturdimiento. Hablar, hablar, tan solamente hablar.

Sentado frente a los papeles horas y horas, el sueño le fue viniendo, atrapándolo en su brazos opresores, sujetándole como a una presa codiciada: Debía cruzar al otro lado de la carretera ne-

gra, infestada de autos que la surcaban con celeridad, aunque permanecía detenido a los pies del puente, sin intentar el ascenso hacia la acera contraria. Pero, ¿para qué?... Levantó la vista y vio cada uno de los peldaños. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, un descanso. Uno, dos, tres... siete, ocho descansos hasta la cima, un trecho por encima de la pista y lo mismo al otro lado, fin. Cruzar, algo tan sencillo como rutinario. Subió el primer escalón por el centro de la escalera sin barandas, subió al segundo, al tercero y cayó. Lo volvió a intentar a paso lento, despacio. Llegó al descanso, tanteó el siguiente peldaño y cayó. Golpe duro y sin dolor. Se paró y tanteó de nuevo, cayó. Repuesto, subió a gatas hasta el primero, al segundo, al tercero, al cuarto descanso, cayó. Si bien debe cruzar, está asustado. ¿De dónde la necesidad de la orilla opuesta? Ascende como un cuadrúpedo una grada y se sienta a descansar en la siguiente. Escala lento, lento, realmente lento, sin embargo alcanza el sexto descanso, con parsimonia prosigue y cae. Golpe duro y sin dolor. Miedo a seguir intentándolo. Nadie cerca para compartir la aprensión y relatarle la rareza que le ocurre. Miedo, miedo...

— Despierta, amor.

Catalina lo aleja de las sombras y las tinieblas. Joaquín escapa de la pesadilla recordando de ella muy poco, vaguedades como una pista con autos y una caída, aunque reconoce muy bien cuál es el sueño, tan recurrente como obstinado, compañero tenaz de sus temores, perseguidor infiel.

— Tuve un sueño, Catalina.

— ¿El de siempre?

— El único que puedo recordar.

— ¿Llegaste a cruzar?

— No, claro que no. Sigo cayendo.

Catalina habría sintetizado las imágenes de otra manera; pero guardó silencio, confiada en compartir luego la perspectiva contraria, que hacía de la derrota perpetua, eslabones de una cadena que a cada caída, más cerca estaba de constituirse.

— ¿Vamos a dormir ya?

— Deja que termine de arreglar los papeles para mañana y voy contigo.

Abrió su maleta y metió sus fichas procurando cierto orden, un par de lápices y su apuntador. Miró el recinto y se acercó a uno de los estantes, corrió una puerta y extrajo un ejemplar vetusto y venerado, pobrísimo y humilde, idéntico a otros cuatro que permanecieron entre demás libros sin ornamento. Al pie de la falsa carátula a la letra rezaba: Imprenta de don Mariano Arévalo. Ciudad de México. MDCCCXXXIII. *Don Quijote de la Mancha*. En octavas pudo leer: *Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras: estos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que, sin duda alguna, eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer.*

Joaquín entró al dormitorio y encontró a su esposa sentada a los pies de la cama, con un libro que no leía en la mano, esperándolo. Se detuvo en el umbral de la puerta a contemplarla. La vio triste y sin entusiasmo: Sola.

— Así que Josefina a secas está segura de que te pasa algo.

— Sí, está convencida.

— Cosa que seguro negaste, ¿cierto?

— ¿Qué quieres decir?

Catalina abandonó el libro y fue hasta él. Lo abrazó y besó sus labios jugueteando con ellos, todavía muda, sin arriesgar palabras. Al poco, le aclaró que también para ella era evidente el desconsuelo de sus ánimos y su mirada, lamentando que estuviera ahora para los ojos de los demás y ni así inventara alguna palabra capaz de remediar aunque sea un poquito su aflicción. No le ratificó en frases ociosas su confianza ni su discreción, porque las palabras fútiles sobran cuando las miradas revalidan lo indudable, sino que arremetió sin ambages hacia la pregunta aplazada: ¿Tan terrible o siniestro es tu secreto, que solamente me reservas el silencio, cuando estoy para ti sobre tus angustias? Él no negó verdades ni conjeturas, pero tampoco le confió tanta reali-

dad trastocada en siglos de silencio. Le explicó que la proximidad de la vejez había llegado con chochez y engreimientos, mas habló sin convicción, sin creerse tamaña patraña, como tampoco se la creyó Catalina, quien le tomó la mano y lo llevó a la cama, abrazándolo con fuerza y vigor. Le acarició el cuerpo con ternura, le palpó las manos y los brazos, hablándole primero a su piel. No tienes que mentirme, le susurró al fin como una súplica para sus oídos y sus ojos.

Joaquín avanzó envalentonado hacia el cuerpo de Catalina, confiado en que las mentiras saben esconder verdades y, entre sus afanes, confundiéndola en motivos y consecuencias. Ella descubrió sus deseos y lo arrulló en un nuevo abrazo, mientras soltaba su bata, dejándola escurrirse de la cama hacia el piso, mostrándose mujer a cada una de sus vacilaciones. Titubeó, pero ella guió cada avance por su piel, acogiéndole sus dedos y mostrándole los rincones precisos para convertir la indecisión en certeza y hasta la muerte en vida. Dudó cuando lo despojaron de sus prendas, cayendo una a una al suelo, celebrando con su desmayo el encuentro. Joaquín, como un novato asustado, se dejó hacer cuanto Catalina ambicionó. Su mente era un estorbo que decidió rezagar tras palabras pródigas en dulzura. Me gustas, le dijo él, sintiendo ya el miembro erguido, librándose del pavor. ¿Te gusto?, mi amor: ¿Por qué?, preguntó ella, murmurándole cada palabra. Me gustas porque tienes el color de los patios de las casas tranquilas en las tardes de enero cuando llega el verano. Fue entrando en su cuerpo, ratificándose a una sola voz la confianza y el amor, amor, amor, repetido hasta convencerse de su poder mágico, cual frase de mago afortunado, potenciando la varita olvidadiza de sus dotes y logros. Me deseas, ¿cierto?, interrogó ella, abrigando al miembro rebelde, emancipado de pensamientos idiotas que lo sujetaban. Te deseo, claro que te deseo, amor, le contestó el aprendiz de fauno entre risas de felicidad, porque el sexo era eso, felicidad del espíritu que abordaba la carne, felicidad... hasta que decayó sin motivos, sin razones, decayó, cayó.

— Bueno chicos, nueve en punto. Saquen hojas y cuadernos, comenzamos.

Regresados del segundo viaje, con la expectativa vivificada, el capitán Pizarro necesita un nuevo permiso para adentrarse definitivamente en las tierras ignotas del Levante. Decide viajar a la península y obtenerlo de manos del Rey, quien antepondrá a su prédica de fantasía un forzoso viaje a Italia, pero le encargará al duque de Osorno, lector voraz y soñador por defecto, tome la más ventajosa decisión sobre los espejismos de sirenas y montañas doradas. Antes de zarpar con sus socios en la Empresa conviene los títulos a los cuales cada uno aspirará; Pizarro elige como en un abanico de cartas, los comodines y los ases, dejando a Almagro la potestad de Adelantado y la de Obispo a Hernando de Luque. En España, camino a Toledo, el Capitán purgará prisión unos meses por inquinas atrasadas de un hidalgo que se creía su dueño en los tiempos del Darién, aunque la corona se tomará la molestia de liberarlo, no por justicia ni valía, sino por interés en su cometido. Los días trascorrirán evaluándose cada punto del pedido, sopesando el mérito del proyecto entre tardes calurosas que fastidian la espera, mas un día, Francisco Pizarro, de cincuenta y un años, transitando los pasillos del Real y Supremo Consejo de Indias, se encontrará con su sobrino, siete años menor. El sobrino le regalará un gesto con su natural cortesía, y él se dejará llevar por la emoción, no por el parentesco, grato siempre en los avatares y la distancia, sino por la visión profética del modelo que lo turbará y motivará. Soy tu tío Francisco, dirá por reclamar su prestigio. Mucho gusto, tío. Hernán Cortés, para servirle, le contestará el captor de Moctezuma, el vencedor de un Imperio. Hasta el veintiséis de julio de mil quinientos veintinueve tendrá que aguardar el Capitán una respuesta, luego de sustentar cada exigencia con la ayuda de Pedro de Candia. Gobernador, Adelantado y Alguacil, amen del oro, territorios y la Capitanía General, recaerán sobre los hombros macizos del trujillano. Traición, alegarán sus socios a su regreso a Tierra Firme, al leer un mamotreto en el cual se le dispensa al clérigo la protectoría de indios y al recogedor, la alcaldía de la fortaleza de Tumbes; pero Francisco Pizarro tomó la previsión de no regre-

sar solo, sino con cuatro hermanos, tan jóvenes e impulsivos como soberbios y vanidosos, y la compañía de hombres de Extremadura, amigos de sus amigos, conocidos de la parentela. Los socios se replegarán, desplazados, pero es necesario un entendimiento: imperativos del escaso dinero y de la Iglesia, realizándose así un nuevo contrato en donde se dispensa un Obispado y la Gobernaduría de las tierras que deje libres, más al sur, Pizarro.

—¿Bajo esas condiciones se inicia la conquista del Perú?, profesor.

—Sí, con muy fuertes tensiones entre Diego de Almagro y el clan Pizarro. Una tropa arrastrada por expectativas palpitantes, pero de cimientos de barro, plagada de envidias y desconfianzas, desafiará a la figura del Capitán General, fortaleciendo su capacidad de amalgamar una hueste tironeada por las diferencias, los celos, bajo una prédica que tendría en el Rey y la Iglesia un compromiso y un ideal para la empresa perulera; pues todavía el oro, ni los títulos nobiliarios, ni la posibilidad de tomar esclavos y territorios, eran los hitos indestructibles que involucraban profundamente la razón, la tradición y los sentimientos de cada individuo con su grupo.

El caballero del fondo, saquito raído, camisa sobria y corbata reluciente, escribió con tinta roja, en la margen izquierda de su hoja de apuntes: Si nacimos de pugnas y tensiones temperadas por un caudillo seductor, aunque colmado de escepticismo encubierto, ¿nuestro mestizaje, nosotros, somos hijos de un conflicto irresuelto y perpetuo, que trueca personajes y locaciones; pero nunca varía su condición? ¿Discordia y Resentimiento son los dos nombres del Perú?

El profesor batió su mirada por el aula esperando otra pregunta; pero su auditorio eligió el silencio. Antes de referir los nueve últimos meses de mil quinientos treinta que bastaron a los baquianos para entrenar a los bisoños de la milicia indiana en el uso de la alabarda y el arcabuz, las adargas y rodela, las picas y las ballestas de armatoste, anotó fechas, cifras y algunos nombres sobre la pizarra blanca e intacta.

Zarparon de Panamá menos de doscientos hombres a los veinte días de enero del año del Señor de mil quinientos treinta y uno;

pero no sería hasta Coaque, donde las ausentes experiencias se acumularían sobre los ánimos fogosos de los peruleros: un primer conflicto, de ardorosa victoria; grandes esmeraldas, desechadas por simular con descaro al burdo vidrio; el hambre y la escasez de agua sometiendo con su imperio a la hueste; y la desfiguración de más de un rostro, con la piel colgante en la seca de la verruga que afiebró al grueso del contingente. El noble doce de octubre los alejará de esa tierra maligna, bien ubicada en el lugar imposible del planeta que aceptan redondo: Latitud cero y longitud máxima del globo. Camote, piña, palta, guayabas, perdices, sachavacas, tórtolas, pescado o venados, se irán entregando a las manos hispanas para menguarles la dureza del camino en la isla Puná, donde encontrarán cruces y vestigios cristianos del olvidado Alonso de Molina, asesinado a traición luego de ser profeta fuera de su tierra; en Tumbes, que poco tenía de la fantasía fastuosa que les pintó con su acento cretense Pedro de Candia; en Poechos, donde el Capitán recibirá de manos de un curaca el obsequio histórico que los españoles llamarán Martinillo y, además, regodearán sus vistas con la majestuosidad de todos los caminos que no conducían a Roma, sino al Cuzco, cabeza y ombligo de una civilización que costaría arrancarle a la quimera; en San Miguel de Tangarará, donde pondrán escudo y nombre para gloria de España y la Santa Iglesia Católica, esparciendo tajos con la espada y la daga a los insurrectos entre los suyos y los ajenos, y compartirán días con un espía imprudente y figón, ojos escrupulosos de Atahualpa en el campamento conquistador.

— Profesor, una duda. ¿Qué sabía Atahualpa de los españoles? ¿No creía que eran dioses, o sí?

— Para él fueron dioses sin nombre, luego viracochas, posteriormente *capacochas*, hijos de la mar; pero mientras más se adentraba Pizarro y los suyos en sus dominios, fueron recios hombres sin patria, a la postre salteadores, codiciosos y lascivos. *Sancasapas* inmundos, cuando nos tuvo cerca, un sábado a la tarde.

— ¿Nos tuvo?, profesor.

— Sí, nos tuvo. No olviden que somos españoles e indios, por ahí orientales o también africanos, y, a la vez, una mixtura desin-

teresada en las razas originarias, una mezcla insubordinada a las proporciones fijas de químicos o genéticos escrupulosos. Somos el invento genuino del *nuevo mundo*, el resultado ineludible de un encuentro herido, una comunidad heterogénea y diferente.

El caballero del fondo anotó con tinta roja, bajo su pregunta: El resultado ineludible de un encuentro herido: DISCORDIA y RESENTIMIENTO.

Las embajadas irán y vendrán; por un lado alimentos y bebidas sospechosas de ponzoña y por otro, prendas de Cataluña y copas venecianas, tan inútiles como fatuas. Pizarro ingresa a Cajamarca conocedor del poder y la brutalidad de su adversario, pero no lo rehuye, la curiosidad le seduce. Va hacia él, a sabiendas de las consecuencias funestas que le vaticina cada curaca a lo largo del camino, lidiando con cada mequetrefe que doblará las piernas ante el advenimiento de la muerte traída por caníbales y salvajes, guiado por el ensueño plagiado a su sobrino Cortés, glorioso y maltratado. El Capitán General recibirá zapatos pintados y brazaletes de oro para portar en la plaza el día convenido para el encuentro con el Monarca advenedizo, quien no lo conoce, pero generoso envía el obsequio que le servirá para identificar, sin valerse de palabras, a la distancia, al sujeto nefasto que ensombrece su tierra.

— Es viernes a la tarde en la Cajamarca de ayer, y jueves a las once y diez, hoy en la Capital. Concluimos. Hasta la semana próxima, muchachos.

No pues, profesor, gritaron en coro los intrascendentes de siempre, la diligente La Serna, el dedicado Zárate y la entusiasta señorita Cisneros. Joaquín ubicó en el fondo del aula al caballero de saquito raído, quien movió los hombros y le mostró su mejor sonrisa, como diciéndole, qué se le hace, maestro. Feliz Navidad, le desearon al profesor algunos al abandonar el aula. Feliz Navidad, pensó Joaquín, mientras asentía con el rostro, pensando en los regalos que faltaban comprar, en la nieve artificial y también, en los papanoeles que sin misericordia se sancochaban por el calor en todos los centros comerciales de Lima. Feliz cumpleaños, les de-

seó cuando ya se habían marchado, convencido de que una frase como ésa sí merecía mención y valía.

— Profesor, disculpe, el martes me dijo que, tal vez hoy, tendría un tiempito para sentarnos a conversar.

— Juan Manuel, me parece, caballero.

— Sí, profesor.

— Bueno, lo prometido es deuda. No es que no quiera atenderle, sino que me atareo como si fuera el Papa, pero en fin. Vamos al cafetín de abajo, sígueme.

Joaquín Medina tomó asiento frente a aquel hombre reservado y cano, escuchándole con modestia y paciencia sus halagos justos y equilibrados. Al poco, el diálogo discurrió sobre dudas nada trascendentes ni oscuras, para luego intercambiar posiciones sobre los hechos que, para su sorpresa, él conocía tan bien. Entusiasmado, seducido, esta vez escuchó sin pronunciar palabra, hasta que aquel señor que se alisaba la corbata maquinalmente, le soltó la pregunta inesperada:

— ¿Hubo entre los conquistadores un Ramiro de Chaves?, profesor

— Cierto, ¿por qué? —preguntó Joaquín, sospechando la llegada de una respuesta trascendental, ansiada desde aquella tarde negra, la única tarde irremediable de su vida.

— Mi abuelo contó muchas veces que el padre de su padre y así, todos, descendemos de un muchacho español que estuvo en Cajamarca y luchó junto a Pizarro a pesar de las dudas que su edad y su inexperiencia le encajaban. Se repartió mujeres y oro, no mató niños pero sí varones cuando fue menester, no fue un desalmado pero sin dudas fue un valiente, y es nuestro primer ascendiente.

— ¿Tú descienes de aquel muchacho? Hay miles de Chávez en este país, en cada aula siempre he encontrado uno y ninguno supo darme razón de lo que me estás revelando.

— Me llamo Juan Manuel Chávez, con z, no con s... Cosas del tiempo y la burocracia.

— ¿Estás seguro de todo lo que dices?

— Sí, profesor.

Joaquín recordó, hecha una ráfaga, completa aquella escena nunca reescrita en libros de Historia ni reinventada por cronistas convencidos u otros sometidos. Nunca volvió a saber de él luego de contemplarlo con la mano estirada, convertida en despedida, negándose a huir de la matanza que muy seguro le afirmó estaba a punto de llegar. La Historia lo había olvidado o negado como a tantos otros, como a él, el paria, el sin patria ni dios, el traidor, el hereje, el hereje, el hereje.

— Profesor, yo soy descendiente de aquel Ramiro de Chaves.

Joaquín quiso completar: el compañero; quién sabe, tal vez el amigo.

¿La reconciliación con la memoria era posible?

— *Por supuesto que recuerdo, señor Calderón, de elefante tengo hasta la memoria. Acá, en la provincia, usted escuchará siempre tres rumores de río y piedras sobre el ex alcalde Villanueva: no hago distingo entre las mujeres, como buen demócrata; tengo el poncho corto, pues no ha nacido quien me lo pise; y soy memorioso hasta la clarividencia. Por eso, créame cuando le aseguro que aquel profesorcito discreto se llamaba Joaquín Medina. ¿Por qué, ah?*